

EURÍPIDES ORESTES

(De la puerta central del palacio sale a escena Electra; luego, unos esclavos que llevan un lecho donde yace Orestes. Lo depositan junto a ella, y se van. Electra se inclina sobre él, observando preocupada su sueño, y lo cubre solícitamente con las ropas. A continuación se dirige al auditorio y recita el prólogo.)

Electra.- No hay palabra ninguna tan terrible de decir, ni sufrimiento ni desdicha impulsada por los dioses, cuya carga no venga a abrumar a la naturaleza humana. Aquel bienaventurado —y no le echo en cara su fortuna—, nacido de Zeus, según dicen, Tántalo, revolotea por el aire aterrorizado por la roca que sobre su cabeza se alza. Y expía tal pena, según dicen, porque siendo un hombre, que con los dioses compartía la dignidad de una mesa común, tuvo una lengua desenfundada, vicio infame

10 Ése engendró a Pélope, del que nació Atreo, para quien, tejiendo las hebras de lana, urdió la diosa Discordia que trabara pelea con Tiestes, que era su hermano. ¿Para qué voy yo a enumerar de nuevo lo indecible?

En fin, Atreo mató a sus hijos y se los sirvió en un convite. De Atreo — silencio los infortunios intermedios — nació el glorioso, si es que glorioso fue, Agamenón, y Menelao, de una madre cretense, de Aérope.

20 Menelao desposó a Helena, aborrecida de los dioses, y el soberano Agamenón celebró un matrimonio, memorable para los griegos, con Clitemestra. De ésta le nacieron tres hijas: Crisótemis, Ifigenia, y yo, Electra, y un varón, Orestes; hijos de una madre criminalísima que, después de envolver a su esposo en una red inextricable, lo asesinó. Sus motivos no es decente para una doncella exponerlos. Dejo eso sin precisar para averiguaciones de la gente.

En cuanto a la justicia de Febo, ¿de qué debo acusarle? Persuade a Orestes a dar muerte a la madre que le dio el ser, lo que no le atrae la alabanza de todos.

30

Con todo, él la mató por no desobedecer al dios. Y yo participé, en cuanto puede una mujer, del asesinato. Y Pílates, quien con nosotros ha colaborado en estos hechos

Desde entonces, aquejado por una feroz enfermedad, se consume el desgraciado Orestes. Aquí yace tendido sobre el lecho y la sangre de su madre lo transporta vertiginosamente en ataques de locura. Pues no me atrevo a nombrar a las diosas Euménides que rivalizan en aterrorizarlo]. Éste es ya el sexto día desde que murió mi madre a golpes de espada y su cuerpo quedó purificado por el fuego.

40

Durante estos días no ha admitido alimentos por su garganta, no ha bailado su piel. Oculto bajo los mantos llora, cuando la enfermedad alivia su opresión y recobra la razón, pero otras veces salta del lecho y echa a correr, como un potro que huye del yugo. Y este pueblo de Argos ha decretado que nosotros, por matricidas, no nos acojamos bajo sus techos ni junto a su fuego y que nadie nos dirija la palabra. Éste de hoy es el día decisivo, en el cual emitirá su voto la ciudad de los argivos, sobre si debemos morir los dos en el suplicio de la lapidación

50

[o si nos hincaremos en el cuello un afilado puñal]. Pero tenemos ya alguna esperanza de escapar a la muerte. Porque Menelao ha llegado a esta tierra desde Troya, y llenando con su flota el puerto de Nauplia arriba a sus orillas, tras de haber vagado con rumbo errante desde Troya por tan largo tiempo.

A Helena, la que motivó tantos llantos, durante la noche, por precaución de que de día la viera pasar alguien cuyos hijos hayan muerto al pie de Ilión y llegara a arrojarla piedras, la envié por delante a nuestra casa. Está dentro,

llorando por su hermana y la ruina de la familia. Pero tiene aún un consuelo a sus dolores. Porque la niña que abandonó en su palacio cuando se marchó navegando hacia Troya, y que dio a criar a mí madre, Hermione, la ha traído Agamenón de Esparta, y en su compañía se alegra y se olvida de sus males. Oteo el camino todo a lo largo. ¿Cuándo voy a ver llegar a Menelao? En lo demás contamos con un débil apoyo, en caso de que no nos salvemos con su intervención. ¡Triste destino, una casa que la desdicha agobia!

70 *(Sale Helena.)*

HELENA.- ¡Hija de Clitemestra y de Agamenón, Electra, doncella aún después de tan largo plazo de tiempo! ¿Cómo, desgraciada, tú, y tu hermano, [el miserable Orestes, el asesino de su madre], estáis aquí? No voy a mancharme con tus palabras de respuesta, ya que atribuyo a Febo el delito. No obstante, lamento el destino de Clitemestra, de mi hermana, a la que no vi desde que navegué, del modo en que so navegué, hacia Ilión en un fatal arrebató de locura; y después de haberla abandonado gimo su infortunio.

80

ELECTRA.- ¿Helena, qué puedo decirte de lo que ante ti ves? [Postrada entre desgracias ves a la estirpe de Agamenón.] Yo, insomne acompañante, estoy sentada junto a este desdichado cadáver — que es un difunto a juzgar por su débil aliento—, y no le echo en cara sus penalidades. ¡Tú, en cambio, eres feliz, y feliz tu esposo! Llegáis hasta nosotros cuando estamos en una mísera situación.

HELENA.- ¿Cuánto tiempo lleva éste tumbado en el lecho?

ELECTRA.- Desde que derramó la sangre familiar.

HELENA.- ¡Ah, infeliz! ¡Y la que le dio a luz, qué modo de morir!

ELECTRA.- De tal modo están las cosas, que se ha abandonado a sus desgracias.

HELENA.- ¿Por los dioses me harías ahora un favor, muchacha?

ELECTRA.- En cuanto lo permita mi ocupación de velar a la cabecera de mi hermano.

HELENA.- ¿Quieres ir por mí a la tumba de mi hermana?

ELECTRA.- ¿A la de mi madre, me pides? ¿Con qué fin?

HELENA.- A llevarla mechones de mis cabellos y libaciones fúnebres.

ELECTRA.- ¿A ti no te está permitido encaminarte a la tumba de tus familiares?

HELENA.- Es que me da vergüenza mostrar mi persona

100

- a los argivos.
ELECTRA.- Tarde piensas con sensatez, después que abandonaste vergonzosamente tu hogar.
HELENA.- Tienes razón en lo que dices, pero lo dices sin benevolencia hacia mí.
- ELECTRA.- ¿Qué vergüenza te retiene ahora ante las gentes de Micenas?
HELENA.- Temo a los padres de los que murieron al pie de Ilión.
ELECTRA.- Terrible es, en efecto. En Argos tu nombre va de boca en boca como un grito de rabia.
HELENA.- Hazme tú ahora el favor y líbrame de temores.
ELECTRA.- No sería capaz de mirar de frente la tumba de mi madre.
HELENA.- Es que sería vergonzoso que unas criadas lo llevaran mis ofrendas.
ELECTRA.- ¿Por qué no envías a tu hija Hermione?
HELENA.- No está bien que las doncellas vayan entre la gente.
ELECTRA.- Pero así pagaría los desvelos por su crianza a la muerta.
- 110 HELENA.- Has hablado bien, y te hago caso, joven.
- [Enviaremos entonces a mi hija. Tienes razón, desde luego.] ¡Hija, Hermione, sal del palacio, y toma en tus manos estas libaciones y estos cabellos míos!
(Sale Hermione.)
¡Ve junto a la tumba de Clitemestra, derrama miel mezclada con leche y la espuma del vino, y erguida sobre lo alto del túmulo di estas palabras: «Tu hermana Helena te obsequia con estas libaciones, y no se atreve a presentarse ante tu tumba, por miedo a la muchedumbre de Argos!»! Ruégale que tenga su ánimo bien dispuesto para mí, y para ti, y para mi esposo,
- 120 y para estos desgraciados a los que un dios condenó. Prométele todas las ofrendas fúnebres que para una hermana es oportuno que yo disponga.
¡Ve, hija mía, apresúrate y, después de verter las libaciones en su sepulcro, acuérdate de regresar lo antes posible!
(Salen de escena Helena, que se retira hacia el interior del palacio, y Hermione, que va a llevar las ofrendas fúnebres.)
ELECTRA.- ¡Ah, naturaleza, qué gran mal eres para las personas! [¡Y un buen refugio para quienes te consiguen digna!] ¿Ves cómo ha cortado sus cabellos sólo por las puntas, por conservar su belleza? Es la misma mujer de antes. ¡Ojalá te odien los dioses por habernos perdido, a mí
- 130 y a éste y a toda Grecia!
¡Ay, triste de mí! Ahí están de nuevo mis amigas, que unirán su voz a la mía para entonar mis lamentos. Quizá van sacar de su sueño a éste que reposa tranquilo, y recubrirán de lágrimas mis ojos, al contemplar a mi hermano enloquecido. [¡Ah, queridísimas mujeres, avanzad con pie silencioso, no alborotéis, no haya ruido! Vuestra amistad me es muy grata, pero será una desdicha si éste se despierta].
CORO.-
Estrofa 1ª
¡Silencio, silencio! ¡Posad suave el paso de la sandalia,
- 140 no hagáis ruido!
ELECTRA.- ¡Retiraros de ahí, por favor, apartaos del
- 150 lecho!
CORO.- Ya ves, obedezco.
ELECTRA.- ¡Ay, ay! Como un soplo de flauta de tenue caña, háblame, amiga.
CORO.- Mira, doy mi voz en apagado susurro como bajo un techo.
ELECTRA.- Sí, así. ¡Baja la voz, bájala; avanza lentamente, avanza lentamente! Explícame qué urgencia os hace venir en este momento.
- Hace un rato que él se tumbó y ahora descansa en el lecho.
Antístrofa 1ª
CORO.- ¿Cómo está? Comunícanoslo, querida.
ELECTRA.- ¿Qué suerte diré, o qué desgracia? Aún respira, pero es un breve gemido.
CORO.- ¿Qué dices? ¡Desdichado!
ELECTRA.- Le perderás, si agitas sus párpados, cuando cosecha la gracia dulcísima del sueño.
CORO.- Atormentado a causa de los odiosos impulsos de la divinidad,
- 160 ¡desdichado!
ELECTRA.- ¡Ay, qué penas! Injusto, órdenes injustas entonces voceó y voceó, cuando sobre el trípode de Temis sentenció Loxias la muerte criminal de mi madre.
Estrofa 2ª.
CORO.- ¿Lo ves? Agita su cuerpo entre los mantos.
ELECTRA.- Es que tú, desgraciada, al chillar le has sacado del sueño.
CORO.- Creí que dormía.
ELECTRA.- ¿No irás a agitar tu pie lejos de nosotros
- 170 y de esta casa, acallando el ruido?
CORO.- Está aletargado de sueño.
ELECTRA.- Es cierto.
CORO.- ¡Augusta, augusta noche, que concedes el sueño a los muy fatigados mortales, ven del oscuro abismo, acude alada a la casa de Agamenón! Porque bajo los dolores y la desgracia
- 181 estamos perdidos, perdidos.
ELECTRA.- Estáis haciendo ruido. En silencio, en silencio, conteniendo el vocerío de la boca lejos de este lecho, ¿no nos dejarás la gracia serena del sueño, amiga?
Antístrofa 2ª
CORO.- Di, ¿qué fin aguarda a estas desdichas?
ELECTRA.- Morir, morir. ¿Qué otro? Pues no tiene siquiera deseo de comida.
CORO.- Entonces es evidente su destino.
- 190 ELECTRA.- Febo nos ha sacrificado al encomendarnos el asesinato lastimoso, criminal, de una madre parricida.
CORO.- Acción justa quizá, pero impía.
ELECTRA.- Mataste, has muerto. ¡Oh madre que me diste a luz! Has aniquilado al padre y a los hijos de tu propia sangre. Pereceremos, iguales a cadáveres, pereceremos.
- 200 Porque —(dirigiéndose a su hermano)— tú estás ya entre los muertos, y la mayor parte de mi vida se pierde en lamentos y gemidos y sollozos nocturnos. Sin esposo y sin hijos, arrastro mi vida, amargada siempre.
CORO.- ¡Mira, acércate a su lado, Electra, no sea que haya muerto tu hermano sin advertirlo tú! Pues no gusta su excesivo desmayo.
- 210

(Despierta *Orestes*.)

ORESTES.- ¡Amable hechizo del sueño, alivio de la enfermedad, qué dulce acudiste a mi en este apuro! ¡Oh soberano Olvido de los males, qué sabio eres, y qué dios anhelado por los que sufren la desdicha! ¿De dónde ahora llegué aquí? ¿Cómo he venido? No me acuerdo, abandonado por mi conciencia anterior.

ELECTRA.- ¡Queridísimo! ¡Cómo me alegró que cayeras dormido! ¿Quieres que te coja y te ayude a incorporarte?

220 ORESTES.- Agárrame, agárrame, sí. Enjuga este fango espumoso de mi amarga boca y de mis ojos.

ELECTRA.- Ya está. Es un dulce servicio, y no renuncio a cuidar con mano de hermana tu cuerpo de hermano.

ORESTES.- Arrima tu costado a mi costado, y aparta de mi cara mis resecos mechones. Veo poco con mis pupilas.

ELECTRA.- ¡Lastimosa cabeza de sucia melena, qué aspecto salvaje tiene, con tanto tiempo sin lavar!

ORESTES.- Reclíname otra vez en la cama. Cuando cede el ataque de locura, me siento fatal y desfallecen mis piernas.

ELECTRA.- Ya está. La cama es grata al enfermo y, aunque es cosa lamentable, resulta sin embargo necesaria.

230

ORESTES.- Ponme de pie otra vez, da vuelta a mi cuerpo. Molesto carácter es el de los enfermos con su impotencia.

ELECTRA.- ¿Quieres ahora fijar tus pies en el suelo, dando despacio algún paso? Variar es agradable en todo.

ORESTES.- Desde luego. Ya que eso presenta una apariencia de salud. Bueno es el aparentar, aunque diste de la verdad.

ELECTRA.- Escucha ahora, querido hermano, mientras te permiten estar cuerdo las Erinias.

240 ORESTES.- ¿Vas a contarme algo nuevo? Si es favorable, tienes mi agradecimiento. Pero si es para algún daño, ya tengo bastante desventura.

ELECTRA.- Ha llegado Menelao, el hermano de tu padre, y los cascos de sus naves están anclados en Nauplia.

ORESTES.- ¿Cómo dices? ¿Llega como luz de esperanza en mis males y los tuyos, un hombre de nuestra familia y que debe favores a nuestro padre?

ELECTRA.- Llega —acepta esa garantía de mis palabras—, trayendo consigo a Helena desde los muros de Troya.

ORESTES.- Si se hubiera salvado solo, sería más digno de envidia. Pero si trae a su mujer, llega trayendo un gran daño.

250 ELECTRA.- Tindáreo engendró una pareja de hijas distinguida por el escándalo e infames a lo largo de Grecia.

ORESTES.- Tú, pues, distínguese de los malos, ya que puedes. Y no sólo en lo que digas, sino también en lo que pienses.

ELECTRA.- ¡Ay de mi, hermano! ¡Tu mirada se perturba! De pronto te asaltó la locura, cuando hace un momento estabas cuerdo.

260 ORESTES.- ¡Ah, madre, te suplico! ¡No excites contra mí a las muchachas de ojos sanguinarios y de melenas

con serpientes! ¡Ellas, ahí al lado, me asaltan!

ELECTRA.- ¡Quédate quieto, pobrecillo, en tus cobertores! Porque nada ves de lo que crees contemplar tan claramente.

ORESTES.- Ah, Febo, ¿van a matarme esas terribles diosas,

con esos ojos de perro, de mirada fascinante, sacerdotisas de los inflemos?

ELECTRA.- No te soltaré. Trabándote con mis brazos te impediré dar algún salto fatal.

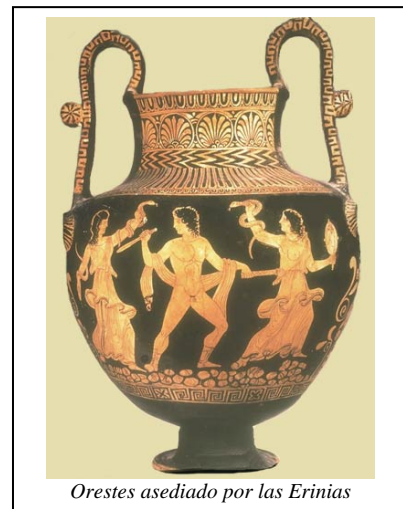
ORESTES.- ¡Déjame! Porque eres una de mis Erinias y me sujetas por la cintura para arrojarme al Tártaro.

ELECTRA.- ¡Ay de mi, desgraciada! ¡Qué socorro recibo, después de que tenemos a la divinidad dispuesta en contra!

270 ORESTES.- ¡Dame el arco de asta, regalo de Loxias, con el que me aconsejó Apolo defenderme de las diosas, sí me aterraban con sus frenéticos furores!

Alguna diosa quedará herida por mi mano mortal, si no desaparece lejos de mi mirada. ¿No me oís? ¿No veis que se disparan las aladas Saetas de mi arco de largo alcance? ¡Ah! ¡Ah! ¿Qué aguardáis ya? ¡Remontaros al éter con vuestras alas! ¡Echad la culpa a los oráculos de Febo! ¡Fuera!

280 ¿A qué este furor, jadeando el aire de mis pulmones? ¿Adónde, adónde nos precipitábamos desde el lecho? Después del oleaje de nuevo ahora contemplo la bonanza.



Orestes asediado por las Erinias

Hermana, ¿por qué lloras escondiendo tu cabeza bajo el peplo? Siento vergüenza ante ti, por hacerte compartir mis pesares y por ofrecerte, a una mujer joven, una tribulación con mi enfermedad. ¡No te consumas por culpa de estas penas mías! Tú me aconsejaste en eso, pero el asesinato de nuestra madre lo he ejecutado yo. Pero se lo reprocho a Loxias, quien, después de incitarme a una acción muy impía, con palabras me confortó, y no con hechos. Sospecho que mi padre, de haberle interrogado cara a cara si debía matar a mi madre, me habría dirigido muchas súplicas, por este mentón,

290

para que no blandiera nunca la espada contra el cuello de aquella que me dio a luz, ya que él no iba por ello a recobrar la vida y yo, torturado, iba a padecer este colmo de desgracias.

Y, ahora, descubre, hermana, tu cabeza, y déjate de lágrimas, aunque estemos en tan penosa situación. Cuando veas que desfallezco, tú intenta reducir mi

300

espíritu furioso y perturbado, y dame tus consuelos. Y cuando tú solloces, he de estar yo a tu lado y animarte con cariño. Pues éstos son los socorros valiosos entre los que se quieren.

Conque, infeliz, entra dentro del palacio, acuéstate y entrega al sueño tus ojos insomnes, prueba los alimentos y da un baño a tu piel. Pues si me abandonas o con este velar a mi lado adquieres una enfermedad, estamos perdidos. A ti sola te tengo como auxilio; de los demás, ya lo ves, estoy abandonado. 370
ELECTRA.- No es posible. Contigo preferiré morir y vivir. Porque es lo mismo. Si tú mueres, ¿qué haré yo, mujer? ¿Cómo voy a salvarme sola, sin hermano, sin padre, sin amigos? Si te parece,

hay que actuar así. Echa tu cuerpo en la cama, y no trates de enfrentar fuera del lecho lo que en exceso te agite y te aterroriza, sino que quédate sobre la cama. Pues aunque no estés enfermo, sólo con creer estarlo encuentran los hombres un motivo de fatigas y desesperación.

(Sale Electra.)

CORO.-

Estrofa 1ª

CORO.- ¡Ay, ay! ¡Raudas, aladas, furiosas deidades que montáis un cortejo sin tonos báquicos, entre gemidos y sollozos,

Euménides de negra tez, vosotras que os agitáis por el vasto éter vengadoras del crimen de sangre, vengadoras del asesinato, os suplico, os suplico, permitid que el hijo de Agamenón olvide su rabiosa y frenética locura! ¡Ay, desgraciado, qué angustias te empujan a errar sin sentido, por haber aceptado la profecía que desde el trípode Febo emitió, emitió sobre el suelo

donde están, según dicen, las hendiduras del ombligo de la tierra!

Antistrofa 1ª

¡Oh, Zeus! ¡Qué congoja! ¿Qué enfrentamiento sanguinario es éste que avanza y te acosa a ti, desdichado, en el que lágrimas sobre lágrimas amontona algún demonio vengador que arrastra hacia la casa la sangre de tu madre, que te infunde delirio? Sollozo, sollozo por ti. La gran prosperidad no es estable entre los mortales.

La divinidad, al zarandearla, la rasga de arriba abajo como la vela de una nave rápida y la sumerge bajo penas terribles como bajo las rugientes olas mortíferas de alta mar. ¿Pues a qué otra familia he de venerar antes que a la surgida de un matrimonio que descende de dioses, la de Tántalo?

CORO.- Pero he ahí que avanza un rey, el soberano Menelao, y muy claro puede verse en su arrogancia que es de la sangre de los Tantálidas.

¡Oh tú que condujiste una armada de mil naves contra la tierra de Asia, salve! Vienes acompañado por la fortuna, ya que has logrado de los dioses lo que pedías.

(Entra Menelao.)

MENELAO.- ¡Oh, casa, por un lado, con alegría te tengo ante mis ojos al regresar de Troya; pero, por otro, sollozo al mirarte! Pues en mi largo peregrinar jamás he visto otro hogar más asediado por crueles desgracias. Conocía ya las desventuras de Agamenón

y de qué muerte pereció a manos de su esposa, después de arribar con mi nave a Málea. Sobre las olas me lo anunció el adivino de los navegantes, intérprete de Nereo, Glauco, un dios infalible, que surgiendo a mi encuentro me dijo claramente: «Menelao, tu hermano yace muerto, atrapado en un último baño preparado por su esposa.» Y nos colmó a mi y a mis marineros de muchas lágrimas. Y apenas atraco en la zona de Nauplia, cuando ya desembarcaba a mi mujer,

380 pensando en estrechar entre mis brazos a Orestes, el hijo de Agamenón, y a su madre, como al encontrarlos en un feliz momento, escuché de uno de los pescadores el asesinato impío de la hija de Tindéreo. Y ahora, decidme muchachas, ¿dónde está el hijo de Agamenón, que realizó esos terribles daños? Era, pues, un niño de pecho en los brazos de Clitemestra entonces, cuando dejé el palacio al partir hacia Troya, de modo que no le conocería aunque lo viera. ORESTES.- Yo soy Orestes, por quien preguntas, Menelao.

Por propia decisión yo te expondré mis males. Pero como primer gesto de saludo toco tus rodillas como suplicante, desgajando las súplicas de mi boca falta de los ramos rituales. ¡Sálvame! Has llegado en el preciso momento crítico de mis desdichas.

MENELAO.- ¡Oh dioses! ¿Qué veo? ¿Qué cadáver tengo ante mis ojos?

ORESTES.- Bien has dicho. Pues con mis males no vivo, aunque veo la luz.

MENELAO.- ¡Qué salvaje llevas tu desgreñada melena!

ORESTES.- No me atormenta mi aspecto, sino mis actos.

MENELAO.- ¡Mirada terrible la de tus secas pupilas!

ORESTES.- Mi cuerpo me es ajeno; sólo el nombre no me ha abandonado.

390 MENELAO.- ¡Qué desfigurado te veo, contra lo que esperaba!

ORESTES.- Heme aquí, asesino de mi desgraciada madre.

MENELAO.- Lo he oído, ahórrate el repetir los males.

ORESTES.- Lo ahorro. Pero la divinidad es rica en males contra mí.

MENELAO.- ¿Qué opresión sufres? ¿Qué enfermedad te destruye?

ORESTES.- La conciencia, porque sé que he cometido actos terribles.

MENELAO.- ¿Como dices? Sabio es de verdad lo claro, no lo turbio.

ORESTES.- La pena, sobre todo, la que me corroe...

MENELAO.- Terrible en efecto es esa diosa, pero aplacable.

ORESTES.- Y los ataques de locura, en venganza por la sangre de mi madre.

MENELAO.- ¿Cuándo comenzaste con esa locura? ¿Qué día fue?

ORESTES.- El mismo en que honré en la tumba a mi infeliz madre.

MENELAO.- ¿En la casa, o mientras velabas junto a la pira?

ORESTES.- Mientras atendía por la noche a la recogida de sus huesos.

MENELAO.- ¿Estaba alguien a tu lado, que sostuviera tu cuerpo?

ORESTES.- Pílates, colaborador en el derramamiento

de sangre y en la muerte de mi madre.

MENELAO.- ¿Qué apariencias fantasmales son éstas por las que enfermas?

ORESTES.- Me ha parecido ver tres doncellas semejantes a la noche.

MENELAO.- Sé a quiénes te refieres, y no quiero nombrarlas.

ORESTES.- Son venerables. Con cuidado evitas su mención.

MENELAO.- Ésas te arrastran al delirio por el asesinato de un familiar.

ORESTES.- ¡Ay de mi, con qué acosos me veo asaltado, infeliz!

MENELAO.- ¿No han de sufrir cosas terribles los que acometieron actos terribles?

ORESTES.- Pero tenemos un recurso contra la desgracia.

MENELAO.- No menciones la muerte. Que eso no sería inteligente.

ORESTES.- Febo, que me ordenó cumplir el asesinato de mi madre.

MENELAO.- ¿Es que era a tal punto ignorante del bien y la justicia?

ORESTES.- Somos esclavos de los dioses, sean lo que sean los dioses.

MENELAO.- ¿Y luego no te socorre Loxias en tus pesares?

420 ORESTES.- Se demora. Así es lo divino, por su naturaleza.

MENELAO.- ¿Qué tiempo hace que expiró tu madre?

ORESTES.- Con hoy seis días. Aún está cálida la pira funeraria.

MENELAO.- ¡Qué pronto vinieron a reclamarte las diosas la sangre de tu madre!

ORESTES.- Torpe, pero leal amigo fui para los míos.

MENELAO.- ¿Te aprovecha ahora de algo el haber venido a tu padre?

ORESTES.- Aún no. Y considero la tardanza igual al abandono.

MENELAO.- ¿Y en qué situación estás, después de lo que has hecho, ante el pueblo?

ORESTES.- Somos tan odiados que nadie nos dirige la palabra.

MENELAO.- ¿No has purificado tus manos de sangre según la ley?

430 ORESTES.- Es que me echan de las casas a cualquier lugar que me dirijo.

MENELAO.- ¿Qué ciudadanos presionan para echarte del país?

ORESTES.- Éax, que inculpa a mi padre por el odio a Troya.

MENELAO.- Comprendo. Se venga en ti de la muerte de Palamedes.

ORESTES.- De la que yo no participé. Al tercer golpe sucumbió

MENELAO.- ¿Qué otro más? ¿Probablemente los amigos de Egisto?

ORESTES.- Esos me injurian, y la ciudad en esta ocasión los escucha.

MENELAO.- ¿Te deja la ciudad retener el cetro de Agamenón?

ORESTES.- ¿Cómo, quienes ni siquiera nos dejan vivir?

MENELAO.- ¿Puedes decirme concretamente qué es lo que hacen?

440 ORESTES.- Un voto contra nosotros se depositará en el día de hoy.

MENELAO.- ¿Para expulsaros de la ciudad? ¿O de vida o muerte?

ORESTES.- De muerte por lapidación a manos de los ciudadanos.

MENELAO.- ¿Y no huyes en seguida trasponiendo las fronteras del país?

ORESTES.- Es que estamos rodeados en círculo con armas todas de bronce.

MENELAO.- ¿De modo particular por cuenta de vuestros enemigos o por la fuerza de Argos?

ORESTES.- Por todos los ciudadanos, para que yo muera, en una palabra.

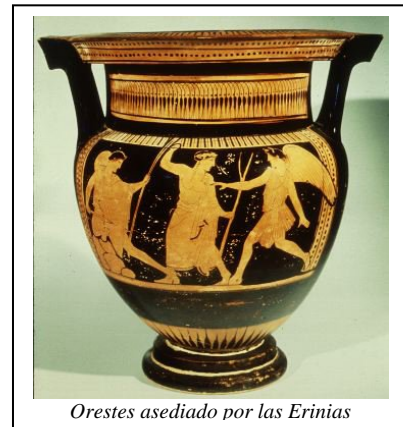
MENELAO.- ¡Desdichado! Has llegado hasta el fondo de la desgracia.

450 ORESTES.- En ti mi esperanza tiene un socorro a sus males. Así que tú, que regresas dichoso, haz participar a tus amigos que penan en el desamparo de tu éxito,

y no disfrutes solo del prestigio que conseguiste; y comparte también esos pesares a la vez, pagando los favores de mi padre a quienes se los debes. De nombre pues, y no de hecho, son los amigos que no son amigos en las desdichas.

CORIFEO.- Por ahí ahora se apresura con su paso senil el espartiatá Tindáreo, con un manto negro y con el pelo cortado con tonsura de luto por la muerte de su hija.

460 ORESTES.- ¡Estoy perdido, Menelao! Por ahí avanza Tindáreo hacia nosotros. Me domina la vergüenza



Orestes asediado por las Erinias

al presentarme ante sus ojos después de lo que he hecho. Porque me crió de pequeño, y me colmó de besos, llevándome por ahí en sus brazos como el hijo de Agamenón, y lo mismo hacía Leda; me apreciaban ambos no menos que a los Dioscuros. Y a ellos, ¡oh triste corazón y alma mía!, les he dado un pago criminal. ¿Qué sombra extenderé sobre mi cara? ¿Qué nombre colocaré ante mí, para evitar las miradas de los ojos del anciano?

(*Entra Tindáreo, acompañado por algunos sirvientes.*)

470 TINDÁREO.- ¿Dónde, dónde puedo ver al marido de mi hija,

a Menelao? Pues mientras derramaba libaciones sobre la tumba de Clitemestra oí que ha arribado a Nauplia, regresando salvo con su esposa después de muchos años. Guiadme. Porque quiero colocarme a su diestra y abrazarle, como a un amigo que vuelvo a ver después de largo tiempo.

MENELAO.- ¡Anciano, te saludo, compañero de lecho con Zeus!

480 TINDÁREO.- ¡Bienvenido también tú, Menelao, mi yerno! ¡Ah! [¡Qué malo es ignorar el futuro!] ¡Ése de ahí, el

matricida, una sierpe, ante el palacio emite destellos de locura, el objeto de mi odio!

Menelao, ¿le diriges la palabra a ese maldito?

TINDÁREO.- ¿Que de él ha nacido, tal cual se ha mostrado?

MENELAO.- Así es. Y si es infortunado, debe respetársele.

TINDÁREO.- Como bárbaro te portas, después de estar tanto tiempo entre bárbaros.

MENELAO.- Es costumbre helénica el honrar siempre al de la misma sangre.

TINDÁREO.- Y el no querer anteponerse a las leyes.

MENELAO.- Todo lo que depende del destino es servidumbre según los sabios.

TINDÁREO.- Adopta tú ese criterio, yo no lo admitiré.

490 MENELAO.- Es que esa cólera tuya, en tu vejez, no es sabia.

TINDÁREO.- ¿En presencia de éste puede llegarse a disputar de sabiduría? Si las acciones buenas y las malas son evidentes para todos, ¿qué hombre fue más insensato que él, quien no atendió a lo justo ni se atuvo a la ley común de los griegos? Pues, una vez que Agamenón exhaló su vida herido por mi hija en la cabeza, una acción de lo más abominable —que no aprobaré jamás—, él habría debido entablar un

500 proceso criminal,

prosiguiendo una acción legal legítima, y expulsar del palacio a su madre. Habría mostrado su prudencia en la desgracia, se hubiera amparado en la ley y habría sido piadoso. Ahora en cambio ha incurrido en la misma fatalidad que su madre. Pues, aunque justamente la consideró perversa, él se ha hecho más perverso al matarla. Te preguntaré, Menelao, sólo esto: si a uno le asesina la mujer que comparte su lecho, y el hijo de éste mata luego a su madre, y luego

510 su hijo va a vengar el crimen con el crimen de nuevo,

¿hasta dónde va a llegar el final de los males? Bien dispusieron eso nuestros antepasados de antiguo: a quien se encontraba reo de sangre no le permitían mostrarse ante los ojos de los demás ni salir a su encuentro, y dejaban que se purificase en el destierro, pero no lo mataban. Pues siempre habría uno incurrido en el crimen, el que hubiera manchado su mano en el último derramamiento de sangre. Yo odio, desde luego, a las mujeres impías, y la primera a mi hija, que asesinó a su esposo. Y a Helena, tu esposa, jamás la

520 alabaré,

ni le dirigiría la palabra. No te envidio a ti que, a causa de una perversa mujer, fuiste a la tierra de Troya. Pero defenderé, en la medida de mis fuerzas, la ley, tratando de impedir ese instinto bestial y sanguinario, que destruye de continuo el país y las ciudades. (*Dirigiéndose a Orestes.*) Porque ¿qué ánimo tuviste entonces, cuando tu madre, suplicándote, descubrió su pecho? Yo, que no vi aquella terrible escena, arraso en lágrimas mis viejos ojos, abrumado por la pena...

530 Desde luego un hecho confirma mis palabras.

Eres odiado por los dioses y expías el castigo de tu madre, desvariando entre delirios y terrores. ¿A qué tengo que oír de otros testigos lo que puedo ver ante mí? Ya lo ves, Menelao; ahora, no obres en contra de los dioses, en tu afán de ayudarle, sino que deja que sea ejecutado por los ciudadanos, a pedradas. O no

540

pongas tu pie sobre tierra espartana. Al morir mi hija sufrió lo justo. Pero no era natural que muriera a manos de éste. Yo he sido en lo demás un hombre dichoso,

excepto por mis hijas. En eso no he tenido fortuna. CORO.- Quien ha sido dichoso por sus hijos y no ha adquirido con ellos desgracias notorias es digno de envidia.

ORESTES.- Anciano, yo de verdad siento reparos al replicarte, porque voy a entristecerte y a apenar tu ánimo. Yo soy impío por haber matado a mi madre, pero piadoso en otro respecto, por vengar a mi padre. ¡Retírese de mis palabras la consideración por tu vejez que me traba de respeto el habla, y emprenderé la

550 marcha! Pero aún ahora respeto tus blancos cabellos.

¿Qué iba a hacer? Enfrenta estas dos razones: mi padre me engendró, tu hija me dio a luz, tras recibir la simiente de otro como la tierra. Sin padre no podría nacer un hijo. Decidí en conclusión que era mejor intervenir en favor del fundador de la estirpe que de la que había soportado la crianza. Y tu hija —siento vergüenza de llamarla madre— en contubernio voluntario e indecente frecuentaba el lecho otro hombre. A mi mismo, al acusarla, me dañaré. Mas, sin embargo, lo diré.

560

Egisto era el esposo furtivo en el palacio. Lo maté; y sacrifiqué a mi madre, en una acción impía, pero en venganza de mi padre. En cuanto a esos motivos por los que amenazas que debo ser lapidado, escucha cómo he favorecido a toda Grecia. Si las mujeres, en efecto, llegaran a ese colmo de audacia de asesinar a sus maridos, buscándose un refugio frente a sus hijos, con excitar su compasión al mostrarles sus pechos, no tendrían ningún reparo en dar muerte a sus esposos, con cualquier pretexto a mano. Al ejecutar yo esa

570

barbaridad, según tú clamas, he acabado con tal costumbre. Justamente aborrecía, y maté, a una madre que, cuando su marido se ausentó del hogar en una expedición armada como caudillo de toda la tierra griega, le traicionó y no conservó intacto su lecho. Cuando se sintió culpable, no se puso un castigo a sí misma, sino que, para no rendir cuentas a su esposo, condenó a mi padre y lo asesinó. Tú, desde luego, anciano, al engendrar una hija perversa, acabaste conmigo. A causa de su audacia quedé privado de padre y me convertí en matricida. ¡Por los dioses! —En mal momento he aludido a los dioses, al sentenciar un crimen—. Si hubiera aprobado

580

con mi silencio las acciones de mi madre, ¿qué me habría hecho el muerto? ¿No me habría empujado en su odio a delirar entre las Erinias? ¿O las diosas acuden como aliadas en favor de mi madre, y no acuden a él, objeto de mayor injusticia? Ya ves, Telémaco no ha matado a la esposa de su padre. Pues ella no añadió un esposo en sustitución de su esposo, sino que su lecho sigue a salvo en su lugar.

590

Conoces a Apolo, que habita el ombligo de la tierra y da a los mortales un vaticinio clarísimo, a quien obedecemos en todo lo que él dice. Por obedecer maté a la que me dio la vida. ¡Consideradle impío a él e intentad darle muerte! Él fue quien erró, no yo. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Acaso no es suficiente el dios para borrar esa mancha de mí, cuando me descargo en él?

600

¿Adónde, pues, podría uno luego escapar, si el que me dio la orden no va a defenderme de la muerte? Así que no digas que esos actos no están bien hechos;

sólo que no fueron felices para sus ejecutores. ¡Feliz vida la de aquellos mortales cuyo matrimonio ha resultado bien! Cuantos no lo consiguieron acertar, son desdichados en su casa y fuera.

CORO.- Siempre las mujeres surgieron en medio del infortunio para la perdición de los hombres

610 TINDÁREO.- Ya que te insolentas y no te controlas en tu lenguaje, y me replicas así, para acongojar mi corazón, vas a incitarme aún más a presagiar tu muerte. Lo tomaré como un hermoso añadido a los afanes

que emprendí al venir a honrar la tumba de mi hija. Conque me voy a la asamblea convocada de los argivos y azuzaré a la ciudad, que no se opone, a que de grado os dé muerte por lapidación, a ti y a tu hermana. Ella merece aún más que tú morir, ella, que te ha enfurecido contra la que te dio a luz, trayendo a tus oídos repetidamente historias para irritarte más, contándote sus sueños con Agamenón, y denunciando esa unión con Egisto — ¡que ojalá odien los dioses de los infiernos, porque ya aquí era algo intolerable! —

620 hasta que inflamó el hogar con un fuego sin llamas. Menelao, a ti te digo esto y lo cumpliré. Si en algo cuentas con mi amistad y nuestro parentesco, no defiendas el crimen de éste, contrario a los dioses. ¡Deja que sean muertos a pedradas por los ciudadanos, o renuncia a pisar la tierra de Esparta! Después de oír todo esto, pórtate como sabio, y no prefieras a unos impíos, rechazando a tus amigos más piadosos. Llevadme lejos de esta casa, servidores.

630 ORESTES.- ¡Vete, para que nuestra réplica de ahora llegue

ante éste sin altercados, tras escapar a los de tu vejez! Menelao, ¿a dónde revuelves tu paso en tu cavilación, recorriendo un repetido camino con un vaivén de desasosiego?

MENELAO.- ¡Deja! Reflexionando conmigo mismo, no sé cómo enfrentar la azarosa situación.

ORESTES.- No concluyas aún tu opinión, sino que escucha antes mis palabras, y decide entonces

MENELAO.- Di, que has hablado bien. Hay veces que el silencio puede resultar mejor que la palabra. Y otras en que es mejor la palabra que el silencio.

640 ORESTES.- Ya voy a hablar. Las largas explicaciones se anteponen a las cortas,

y son más fáciles de entender. A mi tú, Menelao, nada me des de lo tuyo, pero devuélveme lo que tomaste y recibiste de mi padre. No me refiero a riquezas. Mi riqueza es que salves mi vida, que es el más preciado de mis bienes. Soy reo de injusticia. En pago de ese delito he de recibir algo injusto de ti. Pues también mi padre Agamenón reunió injustamente a Grecia y llegó hasta Ilión, no por su delito personal, sino tratando de remediar la falta y la injusticia de tu mujer.

650 Debes devolverme este favor, el uno a cambio del otro. Él había expuesto de verdad su cuerpo, como han de hacer los amigos por los amigos, aprestando el escudo a tu lado para que tú recobraras a tu esposa. Págame, pues, lo mismo que entonces recibiste, esforzándote durante un solo día, presentándote como nuestro valedor, sin cumplir tu carga durante diez años. En

cuanto al sacrificio de mi hermana en Áulide, eso dejo que te lo ahorres. No mates tú a Hermione. Pues está bien que tú saques alguna ventaja cuando yo estoy en situación apurada,

como la que ahora me aflige, y que yo te la perdone. Pero concédeme, como favor a mi desventurado padre, mi vida [y la de mi hermana, doncella durante tanto tiempo]. Porque si muero dejaré huérfana la casa paterna. Dirás: es imposible. Ésa es la cuestión. Los amigos deben en las adversidades auxiliar a los amigos. Cuando el destino es favorable, ¿qué necesidad hay de amigos? Basta entonces la divinidad misma que quiere socorrernos. A todos los griegos les parece que amas a tu mujer —y no lo digo por acosarte con lisonjas—,

670 por ella te suplico. (*Aparte*) ¡Miserable en mis desdichas, a qué extremos llego! ¿Y qué? He de apurar mi pena. Por nuestra casa toda suplico esto. ¡Tío, hermano de sangre de mi padre, piensa que el muerto escucha bajo tierra estos ruegos, que su alma revolotea sobre ti, y que te dice cuanto yo te digo! [Eso entre lágrimas y sollozos y desdichas.] Te lo dejo expuesto y te reclamo nuestra salvación, persiguiendo lo que todos anhelan, y no sólo yo.

680 CORIFEO.- También yo te suplico, aunque no soy más que una mujer,

que prestes ayuda a los necesitados. Tú puedes hacerlo.

MENELAO.- Orestes, yo siento respeto, sí, por tu persona, y quiero compartir las penas en tus males. En efecto, deben conllevar las desdichas de los parientes de la misma sangre, si un dios nos da poder, e incluso morir tratando de matar a los contrarios. Pero, no obstante, en cuanto a lo de tener poder, ¡por los dioses que desearía conseguirlo! Porque vengo con sólo mi lanza, falta de aliados, después de errar entre mil pesares, con la pequeña defensa de los amigos que me han quedado.

690 En combate no podemos, desde luego, vencer al pelásgico Argos. Pero si podemos conseguirlo con suaves palabras, ahí tocamos la esperanza. Pues, con pocos medios, ¿cómo puede uno conseguir las grandes cosas? [Necio es incluso el pretenderlo con esfuerzos.] Cuando el pueblo se subleva enfurecido, es parecido a un fuego salvaje para apagarlo. Pero si uno con calma cede y le suelta cuerda mientras él se precipita, aguardando el momento oportuno, probablemente lo verá desfogarse.

700 Y cuando relaja sus ímpetus, fácilmente puedes conseguir de él lo que quieras. Hay en el pueblo compasión y hay también una tremenda capacidad de apasionamiento, un elementopreciadísimo para el que sabe aguardar la ocasión. Yendo a Tindáreo intentaré en tu favor persuadirle a él y a la ciudad de que moderen su excesivo encono. Porque también la nave que tensa las velas con violencia en su cordaje, hace agua, pero se yergue de nuevo en cuanto uno relaja las cuerdas. La divinidad odia los apasionamientos excesivos, y los odian los ciudadanos. He de recurrir —no lo niego— a la astucia, no a la violencia, para salvarte de los más poderosos.

720 Por la fuerza, de ese modo en el que tú tal vez

piensas, no te salvaría. Pues no es fácil con una sola lanza erigir trofeos de victoria de los males que te acosan. Jamás hemos abordado la tierra de Argos con humildad. Pero ahora es forzoso. [De sabios es esclavizarse al azar.] (*Menelao sale.*)

ORESTES.- Excepto para llevar un ejército en pos de una mujer en todo inepto, tú, el peor en socorrer a tus parientes ¡Escapas dándome la espalda,

y dejas en olvido los favores de Agamenón! ¡Te quedas sin amigos, padre, en tu infortunio! ¡Ay de mí! Estoy traicionado, y ya no hay esperanzas de dirigirme a cualquier otro lado para escapar de la muerte a manos de los argivos. Ése era para mí el reducto de salvación. Pero veo ahí al más querido de los mortales, PílaDES, que viene a la carrera desde Fócide. ¡Dulce visión! Un hombre fiel en medio de las desgracias es más grato de ver que la bonanza a los navegantes.

730 PÍLADES.- Más rápido de lo que debiera he llegado cruzando por la ciudad, porque oí de una reunión del pueblo —y yo directamente la he presenciado—

para tratar de daros muerte de inmediato a ti y a tu hermana. ¿Qué pasa? ¿Cómo te encuentras? ¿Cómo estás, el más querido de mis camaradas, de mis amigos y de mis parientes? Todo eso eres tú para mí.

ORESTES.- Estoy perdido, por aclararte en breve mis desgracias.

PÍLADES.- Contigo me hundes. Porque comunes son las cosas de los amigos.

ORESTES.- Menelao es el peor contra mí y mi hermana. 770

PÍLADES.- Es natural que el esposo de una mala mujer se haga malo.

ORESTES.- Al regresar me presta el mismo servicio que si no hubiera vuelto.

PÍLADES.- ¿En verdad ha regresado a este país?

740 ORESTES.- Tarde. Pero, con todo, en seguida se ha mostrado malo para sus amigos.

PÍLADES.- ¿Y ha vuelto trayendo en su nave a su perversísima esposa?

ORESTES.- No él a ella, sino ella a él lo trajo acá.

PÍLADES.- ¿Dónde está esa mujer que ella sola destruyó a tan numerosos aqueos?

ORESTES.- En mi palacio, si es que puedo aún llamar a éste.

PÍLADES.- ¿Y tú, qué palabras has dirigido al hermano de tu padre?

ORESTES.- Que no consienta que yo y mi hermana seamos muertos por los ciudadanos.

PÍLADES.- ¡Por los dioses! ¿Qué ha replicado a esto? Porque quiero saberlo.

ORESTES.- Se excusó, lo que hacen con sus amigos los malos amigos.

PÍLADES.- ¿Qué excusa ofreció? Con enterarme de eso me basta.

750 ORESTES.- Se presentó el otro, el padre que engendró las excelentísimas hijas...

PÍLADES.- ¿Hablas de Tindáreo? Probablemente enfurecido contra ti a causa de su hija.

ORESTES.- Ya comprendes. Ha preferido su parentesco político a su relación con mi padre.

PÍLADES.- ¿No se atrevió a compartir tus penalidades enfrentándolas?

ORESTES.- No ha nacido guerrero, sólo es valiente entre mujeres.

760 PÍLADES.- Entonces estás entre los mayores males y te 790

es forzoso morir.

ORESTES.- Los ciudadanos van a emitir su voto sobre nosotros en cuestión de pena capital.

PÍLADES.- ¿Qué es lo que va a decidir? Dilo. Pues progreso en el temor.

ORESTES.- Si hemos de morir o vivir. Breve expresión para largas desdichas.

PÍLADES.- ¡Huye, pues, abandonando el palacio en compañía de tu hermana!

ORESTES.- ¿No lo ves? Estamos vigilados por guardias por todos los lados.

PÍLADES.- He visto las calles de la ciudad obstruidas por las armas.

ORESTES.- Estamos asediados en persona como una ciudad por sus enemigos.

PÍLADES.- También a mí pregúntame por mis padecimientos. También yo estoy perdido.

ORESTES.- ¿Por obra de quién? Esa desgracia tuya va a sumarse a mis pesares.

PÍLADES.- Mi padre, Estrofo, enfurecido, me ha expulsado de casa como desterrado.

ORESTES.- ¿Reprochándote una acusación privada o un daño público contra los ciudadanos?

PÍLADES.- Por haber colaborado en dar muerte a tu madre, me califica de impío.

ORESTES.- ¡Ah, desdichado! También a ti van a afligirte mis penas.

PÍLADES.- No me comporto a la manera de Menelao. Debes saberlo.

ORESTES.- ¿No temes que Argos quiera matarte como a mí?

PÍLADES.- No les incumbe castigarme a ellos, sino al país de los focenses.

ORESTES.- La masa es terrible, cuando tiene perversos conductores.

PÍLADES.- Pero cuando los tiene buenos, toma siempre buenas decisiones.

ORESTES.- ¡Sea pues! Hay que hablar ante todos...

PÍLADES.- ¿De qué urgencia?

ORESTES.- Si presentándome a los ciudadanos les dijera...

PÍLADES.- ¿Qué has hecho cosas justas?

ORESTES.- Al vengar a mi padre.

PÍLADES.- No te acogerán con buen ánimo.

ORESTES.- ¿Es que voy a morir en silencio agazapado de temor?

PÍLADES.- Eso sería cobarde.

ORESTES.- ¿Qué puedo hacer entonces?

PÍLADES.- ¿Tienes alguna posibilidad de salvación, si te demoras?

ORESTES.- No la tengo.

PÍLADES.- Y si actúas, ¿tienes esperanza de salvarte de tus males?

ORESTES.- Si saliera bien, podría ser.

780 PÍLADES.- Por tanto, eso es mejor que aguardar quieto

ORESTES.- ¿Entonces voy a ir?

PÍLADES.- De morir, así al menos morirás de manera más digna.

ORESTES.- Dices bien. Evito así el reproche de cobarde.

PÍLADES.- Mejor que quedándote aquí.

ORESTES.- Y mi causa es justa.

PÍLADES.- Ruega sólo que lo parezca.

ORESTES.- Y seguramente alguno me compadecerá...

PÍLADES.- Tu noble linaje es importante.

ORESTES.- Al lamentar la muerte de mi padre.

- PÍLADES.- Todo eso es evidente.
 ORESTES.- Tengo que ir, porque sería indigno morir sin honor.
 PÍLADES.- Lo apruebo.
 ORESTES.- ¿Vamos entonces a decírselo a mi hermana?
 PÍLADES.- ¡No, por los dioses!
 ORESTES.- Sin duda habría lágrimas...
 PÍLADES.- Así que no sería un buen presagio.
 ORESTES.- Está claro que es mejor callar.
 PÍLADES.- Ganarás tiempo.
 ORESTES.- Sólo me queda el obstáculo ese...
 PÍLADES.- ¿Cuál es ese ruego que ahora aludes?
- ORESTES.- Que las diosas no me retengan con su aguijón
 PÍLADES.- Pero yo velaré por ti.
 ORESTES.- Es penoso el sostener a un hombre enfermo.
 PÍLADES.- No para mí el cuidarte.
 ORESTES.- Ten cuidado de no contagiarte de mi locura.
 PÍLADES.- Deja eso aparte.
 ORESTES.- ¿Es que no vacilas?
 PÍLADES.- La vacilación para con los amigos es un gran mal.
 ORESTES.- Avanza, pues, como timón de mis pasos.
 PÍLADES.- Me son gratos estos cuidados.
 ORESTES.- Y encámname hacia el túmulo de mi padre.
 PÍLADES.- ¿Para qué, pues?
 ORESTES.- Para suplicarle que me salve.
 PÍLADES.- Así es lo justo.
 ORESTES.- ¡Pero que no vea la tumba de mi madre!
 PÍLADES.- Fue, desde luego, tu enemiga. Pero apresúrate, para que no te condene por anticipado el voto de los argivos. Apoya en mis costados tus costados debilitados por la enfermedad.
- 800 Que yo te conduciré a través de la ciudad, sin el menor reparo a los ciudadanos y sin avergonzarme nada por ello. ¿Cómo, pues, demostrar que soy tu amigo, si no te socorro en las tremendas angustias en que estás?
 ORESTES.- Ésa es la cuestión: tener amigos, no sólo parientes. Cuando un hombre se identifica con nuestro carácter, aunque sea un extraño, resulta ser mejor como amigo que diez mil parientes consanguíneos. (Sale sostenido por PílaDES.)
 CORO.- Estrofa.
La gran prosperidad y el valor que enaltecieron a los Atridas a lo largo de Grecia y junto a las corrientes del Simunte de nuevo declinaron de su fortuna,
- 810 *a causa de la antigua desdicha, la de antaño, del palacio, cuando la disputa por el áureo carnero incitó a los Tantálidas a tristísimos festines y degüellos de hijos legítimos. Desde entonces el asesinato no cesa de responder al asesinato en una cadena de sangre sobre los dos Atridas.*
 Antístrofa.
¡Lo noble es innoble! ¡Desgarrar con un arma engendrada en el fuego el cuerpo de los padres
- 820 *y mostrar a los rayos del sol la espada ennegrecida por el asesinato! Pero, a la vez, el delito fue una escandalosa impiedad y un desvarío propio de hombres tortuosos. En el terror de la muerte gritó la mísera Tindáride: «¡Hijo, acometes un acto impío al matar a tu madre! ¡No te cubras, por honrar a tu padre, de renombre infame para siempre!»*
- 830 Epodo.
¿Qué peste, o qué motivo de lágrimas o de compasión hay mayor sobre la tierra que derramar con puño asesino la sangre materna? Después de cumplir semejante acción está enloquecido por furores de delirio, presa de las Euménides, y revuelve el crimen en el torbellino de sus ojos erráticos el hijo de Agamenón.
¡Ah, desdichado que, viendo asomar el pecho de su madre
- 840 *sobre el manto tejido de oro, ejecutó el sacrificio de ésta, en pago de los sufrimientos de su padre!* (Electra sale del palacio.)
 ELECTRA.- Mujeres, ¿es que ha salido de esta morada el infeliz Orestes arrebatado por el furor de la locura, de origen divino?
 CORO.- De ningún modo. Va a enfrentarse al pueblo Argos en el combate que se ha planteado sobre su vida el cual ha de decidirse si vosotros vais a vivir o morir.
 ELECTRA.- ¡Ay de mí! ¿Qué ha hecho? ¿Quién le ha aconsejado?
 CORIFEYO.- PílaDES. Pero parece que ese mensajero sin tardanza
- 850 nos contará lo que allí ha ocurrido con tu hermano. (Entra un viejo campesino, como mensajero.)
 MENSAJERO.- ¡Ah desgraciada, infeliz hija de Agamenón, caudillo de nuestro ejército, princesa Electra! Escucha infortunadas noticias que vengo a traerte.
 ELECTRA.- ¡Ay! ¡Ay! Estamos perdidos. Está claro por tus palabras; pues vienes, según parece, como mensajero de males.
 MENSAJERO.- Por votación los pelagosos han decidido que vais a morir tu hermano y tú, ¡infeliz!, en el día de hoy.
 ELECTRA.- ¡Ay de mí! Llegó lo esperado, aquello por lo que amedrentada me consumía en la espera desde hace tiempo entre sollozos.
- 860 Pero, ¿qué discusión hubo, qué argumentos entre los argivos nos han acusado y condenado a morir? Di, anciano: ¿debo expirar mi ánimo en la lapidación o por medio del hierro, ya que me toca compartir las desdichas con mi hermano?
 MENSAJERO.- Venía yo del campo y crucé las puertas de la ciudad deseoso de informarme acerca de lo que sucedía contigo y con tu hermano. Pues siempre había tenido afecto a tu padre, y tu casa me mantenía, pobre sí, pero noble en el trato con los amigos.
- 870 Y veo a la gente que se dirige y toma asiento en la colina, donde cuentan que Dánao por primera vez reunió al pueblo en asamblea pública al sentenciar un pleito. Entonces, al contemplar la reunión le pregunté a uno de los ciudadanos: «¿Qué novedad hay en Argos? ¿Es que alguna noticia de nuestros enemigos tiene conmocionada a la ciudad de los Danaides?» Contestó él: «¿No ves avanzar ahí cerca a ése, a Orestes, que corre a un combate de vida o muerte?» Y veo una inesperada aparición ¡qué ojalá no viera jamás! A tu hermano y a PílaDES, que avanzan juntos,
- 880 el uno abatido y abrumado por la enfermedad, y el otro, como un hermano, sufriendo lo mismo que su amigo, velando sobre sus padecimientos con el celo de un pedagogo. Cuando estuvo completa la
- 890

muchedumbre de los argivos, el heraldo se puso en pie y dijo: «¿Quién desea hablar sobre si Orestes, el matricida, debe morir o no?» y tras esto se levanta Taltibio, que al lado de tu padre arrasó Frigia. Y pronunció, poniéndose siempre bajo la sombra de los que tienen el poder, un discurso ambiguo. De un lado ensalzó a tu padre,

pero no elogió a tu hermano; envolvió en bellas frases palabras malignas, diciendo que había implantado unos usos perversos contra los progenitores. Y dirigía rápidamente la mirada insinuante a los amigos de Egisto. Tal es, en efecto, esa raza: los heraldos brincan siempre en pos del afortunado. Para ellos éste es amigo: cualquiera que domine en la ciudad y esté en los altos cargos. Después de éste habló el rey Diomedes. Él proponía que no os mataran ni a ti ni a tu hermano, sino que os castigaran con el destierro para cumplir con lo piadoso.

900

Hubo un cierto tumulto: unos aplaudían lo que había dicho, pero otros no lo aprobaban. Y tras él se alza cierto individuo de lengua desenfundada, fortalecido en su audacia, un argivo sin ser de Argos, un intruso, confiado en el barullo y en la desvergonzada libertad de palabra, capaz de impulsar a la gente a cualquier desatino. ¡Cuando alguien, atractivo en sus palabras pero insensato, persuade a la masa, gran desdicha para la ciudad! En cambio aquellos que con sensatez aconsejan una y otra vez lo bueno, aun si no de inmediato son luego útiles

910

a la ciudad. Así debe considerarse y juzgar a quien gobierna. Porque tienen un papel parecido el orador y el que ocupa el poder] Éste dijo que debían mataros a Orestes y a ti lapidándoos. Por lo bajo Tindáreo le sugería las palabras con las que afirmaba que debíais ser ejecutados. Otro se levantó y dijo lo contrario a éste. No era un hombre de aspecto elegante, pero sí un valiente, que rara vez frecuenta la ciudad y el círculo del ágora, uno que con sus manos cultiva su propio campo —ésos son los únicos que defienden el país—,

920

inteligente cuando está dispuesto a recurrir al diálogo, íntegro y que practica un género de vida irreprochable. Éste pidió que se premiara con una corona a Orestes, hijo de Agamenón, que quiso vengar a su padre, al dar muerte a una mujer perversa y sacrílega, que iba a impedir con su crimen que nadie armara su brazo y dejan su hogar para partir en campaña, con recelo de si los que se quedaban en la patria iban a destruir sus hogares y a corromper a las mujeres de los ausentes. Y a la gente decente les pareció que tenía razón.

930

Ninguno más habló. Se adelantó tu hermano y dijo: «¡Señores de la tierra de Inaco, [antiguos pelagosos, luego Danaides]! Por defenderos a vosotros no menos que a mi padre, di muerte a mi madre. Pues si el asesinato de los maridos fuera lícito a las mujeres, no tardaríais en morir o tendríais que ser esclavos de vuestras esposas. Y haríais lo contrario de lo que debe hacerse. En cambio ahora la que traicionó el lecho de mi padre ha muerto. Mas si por esto me condenáis a morir,

940

la ley se relajará, y ninguno se escapará de la muerte porque no va a haber restricción en tal audacia.» Pero no convenció a la masa, aunque sí parecía tener

950

razón. Conque triunfa aquel malvado que había hablado a gusto de la multitud, que aconsejó mataros a ti y a tu hermano. A duras penas consiguió el pobre Orestes convencerle de que no le mataran a pedradas. Se comprometió a dejar vida por propia mano junto contigo en el día de hoy. Y Pílates le retira de la asamblea entre lágrimas. Le acompañan sus amigos,

sollozando y lamentándose por él. Viene hacia ti, jamargo espectáculo, visión lamentable! Así que prepara un puñal o un lazo para tu cuello. Porque debes abandonar la luz. Tu noble origen nada te ha beneficiado ni el pítico Febo que se sienta sobre el trípode. Por el contrario os ha perdido.

CORIFEO.- ¡Ah desdichada doncella, cuán atónita estás inclinando tu tapado rostro hacia el suelo, como para precipitarte en gemidos y sollozos!

Estrofa.

960 *Comienzo mi lamento ¡tierra pelagosa!*

rasgando mis mejillas con mis blancas uñas, en mi sangriento sino, y golpeo mi cabeza, como homenaje a la diosa subterránea de los muertos, la hermosa Perséfone. ¡Lance alarido la tierra ciclópea, al aplicar el hierro rasurador a su cabeza, por las calamidades del palacio! Un gemido de compasión, de compasión es el que se alza por los que van a morir, que fueron antaño caudillos de Grecia.

970

Antistrofa.

¡Ya se va, ya se va, desaparece la estirpe entera de los hijos de Pélope, y la fortuna envidiada de sus felices moradas! La abatió la envidia de los dioses y la rencorosa y sanguinolenta votación de los ciudadanos. ¡loh, ioh! ¡Sufrientes razas de los efímeros, condenados al llanto, mirad cómo la fatalidad avanza contra lo esperado! Los males de uno responden alternativamente a los de otro en un largo espacio de tiempo.

980

La vida toda de los mortales es vacilación.

Epodo.

¡Ojalá me llegara a la roca suspendida entre el cielo y la tierra por ondulantes cadenas de oro, zarandeada por los torbellinos desde el Olimpo como un puñado de tierra, para alzar mi queja en lamentos fúnebres al viejo padre Tántalo que engendró, sí, engendró a los progenitores de mi familia que tan grandes desgracias ha visto! Antaño en alado ímpetu con su vehículo de cuatro corceles

990

Pélope cruzó por encima de los acantilados, arrojando el cadáver de Mírtilo en lo profundo de las olas marinas, al pasar junto a las rompientes de Geresta, blanqueadas por la espuma de los embates de mar. A partir de entonces, cayó sobre mi casa la muy llorada maldición: cuando en un parto en los rebaños, que el hijo de Maya propició, surgió el vellocino de oro de un carnero, prodigio funesto para Atreo, criador de caballos.

1000

Desde entonces la Discordia desvió el alado carro de Helios, encomendando el camino hacia poniente por el cielo a la Aurora de único corcel, y Zeus modificó los oscuros de la Pléyade de siete estrellas hacia varios rumbos. Y da réplica a los asesinatos de éstos con otros asesinatos, con el banquete a que da nombre Tiestes, y el adulterio de la pérfida cretense Aérope tras sus pérfidos desposorios.

1010

Y sus últimas derivaciones llegaron a mi y a mi hermano por el pesaroso destino de la familia.

CORO.- *He aquí a tu hermano que viene condenado a muerte por votación, y al más fiel de todos los amigos, Pílates, como un hermano suyo, que sostiene sus miembros enfermos acompañándole a su lado con paso solícito.*

(Entran Pílates y Orestes.)

ELECTRA.- ¡Ay de mí! Al verte ya ante la tumba y la pira funeraria lloro por ti, hermano. ¡Ay de mi, de nuevo!
1020 ¡Que al verte ante mis ojos

en un último encuentro pierdo la razón!

ORESTES.- ¿No vas a dejar, en silencio, tus lamentos femeniles y aceptar lo ya decidido? Son lamentables estos sucesos, pero son, sin embargo. [Es forzoso que soportes los infortunios presentes.]

ELECTRA.- ¿Y cómo he de callar? Ya no nos dejan ver esta luz del sol a nosotros infelices.

ORESTES.- ¡No me mates tú! Bastante muerto quedo por mano de los argivos, ¡miserable de mí! Deja los males presentes.

ELECTRA.- ¡Oh desgraciado Orestes, por tu juventud, tu destino fatal y tu muerte temprana! Debías vivir,
1030 cuando dejas de existir.

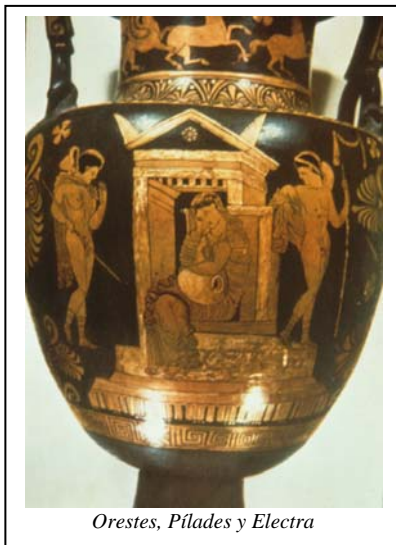
ORESTES.- ¡Por los dioses, no me envuelvas en cobardía, transportándome al llanto con la recordación de mis desgracias!

ELECTRA.- ¡Vamos a morir! Es imposible que no lloremos nuestras desgracias. Pues para todos los mortales la cara vida es digna de ser llorada.

ORESTES.- Este es el día decisivo para nosotros. Hay que aprestar los lazos de horca o afilar en nuestra mano la espada.

ELECTRA.- ¡Mátame tú, hermano, y no uno cualquiera de los argivos que imponga su ultraje a la descendiente de Agamenón!

ORESTES.- ¡Bastante tengo con la sangre de nuestra madre! No te mataré, sino que muere por tu propia
1040 mano de la forma que prefieras.



Orestes, Pílates y Electra

ELECTRA.- Así será. No me quedaré atrás relegada por tu espada. Pero quiero rodear tu cuello con mis brazos.

ORESTES.- Goza tan vano placer, por si este abrazarse es algo placentero para quienes andan cerca de la muerte.
1050

ELECTRA.- ¡Oh queridísimo, tú que tienes el nombre más dulce y deseado para una hermana, y una única alma con ella!

ORESTES.- ¡Acabarás por ablandarme! Sí, quiero corresponder con amor a la ternura de tus brazos ¿Por qué voy avergonzarme ya, triste de mí? ¡Oh, pecho de mi hermana, oh dulce abrazo mío! Sólo estas expresiones de afecto, en lugar de hijos y de lecho matrimonial,

nos quedan en nuestra desventura.

ELECTRA.- ¡Ay! ¿Cómo podría matamos un mismo cuchillo a los dos, si fuera lícito? ¡Y ojalá un solo sepulcro nos acogiera, en recipientes de cedro!

ORESTES.- ¡Eso sería lo más grato! Pero ya ves cuán desamparados estamos de amigos que nos reunieran en la tumba.

ELECTRA.- ¿Ni siquiera habló en favor tuyo, esforzándose por que no murieras, Menelao, el villano, el traidor a mi padre?

ORESTES.- Ni ha mostrado su cara, sino que, como tiene sus esperanzas respecto al cetro, se cuidó bien de que no sobrevivieran sus parientes. Mas, ¡jea!,
1060 veamos cómo morir noblemente

y actuando del modo más digno de Agamenón. Yo demostraré mi noble raza a la ciudad hincándome la espada junto al hígado. Tú, a tu vez, debes obrar de modo semejante a mis actos audaces. ¡Pílates, tú sírvenos de testigo en la muerte, y cuando muramos cubre bien nuestros cuerpos y entiérranos juntos, llevándonos a la tumba de nuestro padre!

PÍLADES.- ¡Detente! Por primera vez tengo un reproche, uno solo, que hacerte, si es que has creído que yo he
1070 de vivir cuando tú mueras.

ORESTES.- Pues, ¿por qué te toca a ti morir conmigo? PÍLADES.- ¿Y lo preguntas? ¿Para qué vivir sin tu camaradería?

ORESTES.- Tú no has matado a tu madre, como yo, infeliz de mí.

PÍLADES.- Colaboré contigo. Debo también sufrir la mismas penas.

ORESTES.- Devuelve tu cuerpo a tu padre, no mueras conmigo. Tú tienes aún una patria, yo no la tengo ya, y una mansión paterna y un gran puerto de riquezas. Has perdido sólo el enlace con esta desgraciada que yo te había prometido en homenaje a nuestro
1080 compañerismo. Pero tú toma otra esposa y ten hijos;

la alianza familiar entre tú y yo ya no subsiste. Así que, ¡oh deseada imagen de la camaradería!, a ser feliz.

Para nosotros, pues, ya no hay tal posibilidad, para ti sí. Porque los muertos estamos privados de alegrías.

PÍLADES.- ¡Qué muy lejos estás de mis decisiones! ¡no acoja mi sangre el suelo fértil, ni el límpido éter, si en cualquier momento te traiciono y, liberando mi destino te abandono! Contigo participé en la matanza, desde mego, no voy a negarlo; y te aconsejé en todo por lo
1090 que tú ahora pagas tus penas.

Así que tengo que participar de la contigo y con ésta, a la vez. Porque ella, a cuya boda me ofrecí, la considero ya mi esposa. ¿Qué, pues, voy a decir en el futuro, si regreso a la tierra délfica, a la acrópolis de los atenienses, yo, que fui vuestro amigo antes de que cayerais en infortunio, y ahora ya no soy tu amigo, porque has caído en él? No es posible. Conque también esto me incumbe. Ya estamos condenados a
1100

morir, deliberemos en común. Cómo hundir también con nosotros a Menelao.

ORESTES.- ¡Oh queridísimo, ojalá muriera viendo tal

PÍLADES.- Atiende entonces, y demora los tajos de la Upada.

ORESTES.- Lo retardaré, si se trata de castigar de cualquier modo a nuestro enemigo.

PÍLADES.- ¡Calla! Que me fío poco de las mujeres.

ORESTES.- Nada temas de éstas. Porque están aquí mis amigas.

PÍLADES.- Matemos a Helena. ¡Amarga pena será, para Menelao!

ORESTES.- ¿Como? Estoy dispuesto a eso, si puede salir bien.

PÍLADES.- Degollándola. Se esconde en tu palacio.

ORESTES.- Ciertamente. Y ya pone su sello a todos los objetos.

PÍLADES.- Pero ya no lo hará, al quedar prometida a Hades.

1110 ORESTES.- ¿Y cómo? Porque tiene servidores, unos bárbaros.

PÍLADES.- ¿A quiénes? Desde luego a ningún frigio voy a temer yo.

ORESTES.- Son como capitanes de espejos y perfumes.

PÍLADES.- ¿Es que ha venido acá con sus refinamientos troyanos?

ORESTES.- De tal modo que la Hélade le resulta una pequeña jaula.

PÍLADES.- ¡Nada vale el esclavo frente a la raza libre!

ORESTES.- Pues si conseguimos esto, no temo morir dos veces.

PÍLADES.- Ni yo tampoco, con tal de vengarte a ti.

ORESTES.- Aclara y delimita la acción. ¿Qué plan propones?

PÍLADES.- Entramos luego en la casa, como si fuéramos a morir.

1120 ORESTES.- Ese punto lo domino, pero me falta el resto

PÍLADES.- Iremos a llorar ante ella por lo que sufrimos

ORESTES.- Para que rompa en llanto mientras por dentro se alegra.

PÍLADES.- También nosotros tendremos la misma posición que ella entonces.

ORESTES.- ¿Y, luego, cómo enfrentaremos el combate

PÍLADES.- En estos mantos llevaremos escondidas las espadas.

ORESTES.- ¿Cómo darle muerte delante de sus servido

PÍLADES.- A ellos los encerraremos por separado en otros lugares de la casa.

ORESTES.- Y al que no guarde silencio habrá que matarlo

PÍLADES.- A continuación la acción misma indicará dónde hay que seguir.

1130 ORESTES.- ¡Matar a Helena! ¡Comprendo nuestra consigna

PÍLADES.- Lo captaste. Pero escucha con qué acierto planeo. Si blandiéramos nuestra espada contra una mujer decente, sería un asesinato infame. Pero ahora Helena pagará su culpa a aquellos a cuyos padres envió a la muerte, a los que les mató los hijos, y a las jóvenes esposas que dejó privadas de sus maridos.

¡Se alzarán un grito de júbilo, y encenderán fuego en honor de los dioses elevando preces para que consigamos tú y yo muchos favores, por haber vertido sangre de esa perversa mujer! Después de matar a

1140 ésa no te llamarán «el matricida»

sino que, perdiendo ese calificativo, recibirás otro mejor, siendo aclamado como «el matador de Helena», la que hizo morir a muchos. No debe, no debe jamás ser feliz Menelao, mientras morís tu padre, tú, y tu hermana, y tu madre... —pero dejo esto, que no es conveniente mencionarlo, ni poseer tu palacio, después de haber conquistado a su esposa gracias a la lanza de Agamenón. ¡No viva yo, por tanto, más, si no retiro mi espada tinta en su sangre! Y en caso de que no consigamos matar a Helena, incendiaremos estas moradas antes de morir.

1150 Así, aunque fallemos en una cosa, no dejaremos de obtener un motivo de gloria, al morir con honor o al salvamos honrosamente.

CORIFEO.- La hija de Tindáreo es digna de odio para todas las mujeres, por haber ultrajado a su especie.

ORESTES.- ¡Ah! No hay nada mejor que un amigo claro, ni la riqueza ni la tiranía; y es algo absurdo preferir en cambio la masa a un amigo noble. Tú, en efecto, planeaste los ataques contra Egisto, y estuviste a mi lado en los peligros, y ahora de nuevo me proporcionas venganza de mis enemigos,

1160 y no me abandonas. Dejaré de elogiarte porque aun eso de sentirse alabar demasiado resulta un tanto molesto. Yo, aunque expire totalmente mi vida en la acción, quiero que mis enemigos mueran, para destruir en pago a los que me traicionaron, y que gimán esos que me hicieron desgraciado. Soy por nacimiento hijo de Agamenón, que fue caudillo de la Hélade por elección, no un tirano, aunque tuyo el poderío de un dios. No le avergonzaré, resignándome a una muerte servil, sino que con libre impulso

1170 dejaré mi vida, y castigaré a Menelao. Conque si alcanzamos una de las dos cosas, seremos felices. ¡Ojalá de alguna parte llegara imprevista la salvación, para no morir tras haber matado! Esto es lo que suplico. Porque es dulce expresar lo que quiero, y regocijar mi espíritu gratuitamente con palabras aladas.

ELECTRA.- ¡Hermano, yo creo haber encontrado eso: la salvación para ti, para éste y también, en tercer lugar, a mí!

ORESTES.- ¿Aludes a la providencia de un dios? ¿Pero dónde está tal cosa? Sin embargo conozco la agudeza que tu alma alberga.

1180 ELECTRA.- Escucha, pues. También tú presta atención ahora.

ORESTES.- Habla. Que el aguardar bienes procura cierto placer.

ELECTRA.- ¿Conoces a la hija de Helena? Te pregunto algo que sabes bien.

ORESTES.- La conozco: Hermione, a la que ha criado mi madre.

ELECTRA.- Ella ha ido a la tumba de Clitemestra.

ORESTES.- ¿Con qué motivo? ¿Qué recurso me sugieres?

ELECTRA.- Para derramar libaciones sobre la tumba de nuestra madre.

ORESTES.- ¿Y bien, por qué me dices eso en relación con nuestra salvación?

ELECTRA.- Apresadla como rehén, en cuanto venga de regreso.

1190 ORESTES.- ¿De qué nos va a servir eso como remedio, a nosotros tres?

- ELECTRA.- Cuando Helena haya muerto, si Menelao amenazara hacer algo contra ti, o contra éste, o contra mi —pues la amistad nos confunde en uno— dile que matarás a Hermione. Debes tener tu espada desenvainada junto al cuello de la muchacha. Y si Menelao te pone a salvo, implorando que su hija no muera, tras haber visto a Helena caída en la sangre, deja que quede en sus brazos su hija. Pero si, sin dominar su ánimo enfurecido, trata de atacarte, córtale también tú el cuello a la joven. Mas sospecho que él, si bien al principio estará muy frenético,
- 1200 al cabo de un rato ablandará su furor, porque por su natural no es ni duro ni valeroso. Ese recurso de salvación os ofrezco para nosotros. Mi propuesta está dicha.
- ORESTES.- ¡Ah, tú que posees un ánimo varonil, aunque tu cuerpo sea de femenina belleza, cuánto más dignas de vivir que de morir! Pílates, ¡de qué esposa te verás privado, infeliz! En cambio, si vives, obtendrás un magnífico matrimonio.
- 1210 PÍLADES.- ¡Ojalá sucediera así y llegara a la ciudad de los focenses ensalzada por bellos cantos de himeneo!
- ORESTES.- ¿En qué momento va a llegar a palacio Hermione? Porque todo cuanto has dicho, con tal que tengamos suerte, está muy bien, una vez que capturemos a ese cachorro de un padre impío.
- ELECTRA.- Creo que ya estará cerca de la casa. Pues el espacio de tiempo concurre a eso.
- ORESTES.- Bien. Tú ahora, hermana Electra, te quedarás ante la casa para recibir a la muchacha a su llegada. Vigila por si alguno, antes de que esté realizado el asesinato, sea algún aliado suyo o el hermano de nuestro padre, se apresura a venir al
- 1220 palacio; y, en tal caso, grita en dirección a la casa,
- o da golpes en las puertas o envía al interior tus advertencias. Nosotros entrando armaremos nuestras manos con la espada para el último combate, [Pílates, ya que tú compartes todos mis esfuerzos]. Oh padre, tú que habitas la morada de la tenebrosa noche, tu hijo Orestes te llama para que acudas como auxiliador de quienes te necesitan! ¡Por tu causa, en efecto, sufro, triste de mí, injustamente. He sido vendido por tu propio hermano, tras ejecutar obras justas. Por eso quiero apoderarme de su esposa y matarla. ¡Sé tú nuestro colaborador en esto!
- 1230 ELECTRA.- ¡Oh padre, acude ya, si oyes desde bajo la tierra a tus hijos que te llaman, que mueren por ti!
- PÍLADES.- ¡Oh, pariente de mi padre, Agamenón, atiende también a mis súplicas! ¡Salva a tus hijos!
- ORESTES.- Maté a mi madre.
- PÍLADES.- Y yo puse mano en la espada.
- ELECTRA.- Yo le incité y le libré de dudas.
- ORESTES.- Por ti, padre, como tu vengador.
- ELECTRA.- Tampoco yo te traicioné, padre.
- PÍLADES.- ¿Es que, al escuchar estas quejas, no protegerás a tus hijos?
- ORESTES.- Con mis lágrimas te ofrezco libaciones.
- ELECTRA.- Y yo con mis quejidos.
- 1240 PÍLADES.- Cesad, y dediquémonos a la acción.
- Pues si las súplicas penetran bajo tierra, las escucha. Tú, Zeus, antepasado nuestro y venerable Justicia, concédenos el éxito a éste, a ésta y a mi. Pues es un combate único para tres amigos, y única sentencia.
- 1250 [Nos toca a todos vivir o morir.]
- (*Orestes y Pílates entran en el palacio.*)
- ELECTRA.-
Estrofa.
¡Oh queridas mujeres de Micenas, las primeras en esta población pelásgica de los argivos!
- CORO.- *¿Qué orden nos das, Señora? Ciertamente aún te queda esa dignidad en la ciudad de las Danaides.*
- ELECTRA.- *Poneos algunas de vosotras a vigilar el camino de carros, y las otras aquí, en el otro camino que llega a palacio.*
- CORO.- *¿Por qué me das esta orden? Dímelo, querida.*
- ELECTRA.- *Me acosa el miedo de que alguien se aproxime a la casa en el momento del asesinato y añada desgracias a las desgracias.*
- 1260 SEMICORO 1.- *¡Vamos! ¡Démonos prisa! Yo, entonces, vigilaré este camino, el que da a la salida del sol.*
- SEMICORO 2.- *Y yo éste, que lleva a poniente.*
- ELECTRA.- *Moved las pupilas de vuestros ojos de un lado a otro, de aquí allá, y luego en sentido contrario.*
- CORO.- *Hacemos la guardia, como mandas.*
- ELECTRA.- (Antistrofa) *Girad vuestra mirada, y bajo los bucles volved vuestra vista en todas direcciones.*
- SEMICORO 1.- *¿Quién es ése que viene por el camino?*
- 1270 *¿Quién es ése que ronda por los alrededores del palacio, un campesino?*
- ELECTRA.- *¡Estamos perdidos, amigas! Nos descubrirá a los enemigos como fieras escondidas empuñando las espadas.*
- SEMICORO 1.- *Sigue sin temor. Está vacío, amiga, el sendero que tú crees que no.*
- ELECTRA.- *¿Qué? ¿Aún ese lado tuyo sigue tranquilo? Dame una buena noticia, si esa parte de delante del pórtico está desierta.*
- SEMICORO 1.- *¡Bien va por aquí! Pero atisba tú por tu parte. Que ninguno de los Dánaos se aproxime a nosotros.*
- 1280 SEMICORO 2.- *Lo mismo digo. Tampoco por aquí hay gente.*
- ELECTRA.- *Vamos me pondré a la escucha en las puertas del palacio. ¿Qué aguardáis los de dentro, en esta calma, para ensangrentar a la víctima? No me oyen. ¡Triste de mí en mis males! ¿Acaso ante la belleza se han embotado las espadas? Pronto algún argivo armado acudirá a la carrera e irrumpirá en el recinto.*
- 1291 *¡Mirad aún mejor! ¡No es un combate para reposos! Con que atisbad unas por acá, y las otras por allá.*
- CORO.- *Cambio de camino escrutando por todas partes.*
- HELENA.- (Desde el interior.) *¡Ay ay, Pelásgica Argos, me matan cruelmente!*
- CORO.- *¿Habéis oído? Los hombres ejecutan el asesinato. El chillido es de Helena, según conjeturo.*
- ELECTRA.- *¡Oh, poder de Zeus, de Zeus sempiterno poder, ven en socorro de nuestros amigos, por todas partes!*
- 1300 HELENA.- (Desde el interior.) *¡Menelao, muero! ¡Y tú no estás aquí para auxiliarme!*
- ELECTRA.- *¡Matadla, asesínadla, degolladla, hincadle los dobles puñales de doble filo con todo el impulso de vuestro brazo, a la que abandonó a su patria y a su marido, la que aniquiló a muchísimos griegos, que bajo la lanza murieron en las márgenes del río, en torno a los molinos del Escamandro, donde tantas lágrimas*
- 1310

sobre lágrimas cayeron motivadas por los férreos dardos!

CORIFEO.- ¡Callad! ¡Callad! He percibido cierto ruido de pasos que avanza por el camino hacia la casa.

ELECTRA.- ¡Oh queridísimas mujeres! En medio de la matanza llega Hermione. Dejemos el griterío. Avanza para caer en los lazos de nuestras redes. ¡Hermosa presa será, si la capturo! Presentaos de nuevo con rostro sereno, y con un color que no revele nada de lo sucedido. Yo mantendré mis pupilas entenebrecidas,

1320 como si nada en absoluto supiera de lo ejecutado ya.

(*Entra Hermione, Electra se dirige a ella.*)

Muchacha, ¿vienes de depositar ofrendas y de derramar libaciones fúnebres en la tumba de Clitemestra?

HERMIONE.- Vengo de atraerme su benevolencia. Pero me ha punzado un cierto temor, por el grito que acabo de oír de palacio, aunque estaba yo alejada de la casa.

ELECTRA.- ¿Por qué? Nuestra situación es digna de lamentos.

HERMIONE.- ¡No digas algo de mal agüero! Mas, ¿qué hay de nuevo?

ELECTRA.- Este país ha decretado que hemos de morir Orestes y yo.

HERMIONE.- ¡No! ¡Vosotros que sois por nacimiento mis próximos parientes!

1330 ELECTRA.- Está decidido. Nos hallamos bajo el yugo de la necesidad.

HERMIONE.- ¿Por eso, entonces, era precisamente el grito del interior de la casa?

ELECTRA.- Es que suplicante, cayendo a las rodillas de Helena, grita...

HERMIONE.- ¿Quién? No se nada más, si tú no me lo cuentas.

ELECTRA.- El desventurado Orestes, le implora no morir, y también por mí.

HERMIONE.- Con justos motivos alza la casa su fúnebre grito.

ELECTRA.- ¿Por qué otro con más razón podría uno gritar? Pero acércate y comparte la súplica con tus amigos, arrodillándote ante tu madre, la muy dichosa, para que Menelao no consienta en que muramos. Así que tú, que te has criado en los brazos de mi madre,

1340

compadécete de nosotros y alivia nuestros pesares. ¡Ven aquí a este encuentro, yo te conduciré! Porque tú sola posees nuestra última posibilidad de salvación.

HERMIONE.- Mira, apresuro mi paso hacia la casa. A salvo estáis en lo que de mí dependa.

ELECTRA.- ¡Oh, amigos, que en la casa empuñáis la espada! ¿No vais a cobrar la pieza?

HERMIONE.- ¡Ay de mí! ¿Quiénes son los que veo?

ELECTRA.- Debes callar. Porque has venido como salvación para nosotros, no para ti. ¡Cogedla, cogedla! Ponedle la cuchilla en la garganta y conservad la calma, para que Menelao sepa

1350

que ha encontrado hombres y no cobardes frigios, por lo que sufre lo que han de sufrir los villanos.

CORO.- ¡Ioh, ioh! ¡Amigas, moved estrépito, estrépito y griterío ante la casa, para que el asesinato cometido infunda un terrible espanto a los argivos, y se apresuren acudir en socorro al palacio real, hasta que vea yo claramente el cadáver de Helena

1360 sanguinolento, caída en la morada, o que nos informemos por el relato de alguno de los criados.

Algunas cosas sé, desde luego, de la desdicha, pero otras están oscuras.

La venganza de los dioses llegó con justicia hasta Helena, que a toda Grecia había colmado de lágrimas, a causa del funesto, funesto Paris del Ida, que atrajo a la Hélide a Ilión.

CORIFEO.- Mas... chasquean los cerrojos de las puertas reales. ¡Callad! Afuera sale uno de los frigios, por el que vamos a enterarnos de qué sucede dentro de la casa.

(*Sale un esclavo frigio, presa de la mayor agitación.*)

1370 FRIGIO.- ¡He escapado de la espada argiva, de la muerte!

Con mis bárbaras babuchas he saltado por encima de las vallas de cedro y los triglifos dóricos del gineceo, lejos, ¡oh tierra, tierra!, en mis bárbaros apresuramientos. ¡Ay, ay, ay! ¿Por dónde escapar, mujeres extranjeras, volando al éter blanquecino, o por el alto mar, que arremolina Océano de cabeza de al rodear en sus brazos la tierra?

1380 CORIFEO.- ¿Qué pasa, servidor de Helena, venido del Ida

FRIGIO.- ¡Ilión, Ilión, ay de mí, ay de mí! ¡Ciudadela fría y monte sagrado del Ida de fértiles glebas, cómo te lloro en tu destrucción en un lastimero, lastimero canto con bárbaro alarido! A causa del cachorro de la hermosa Leda, nacido de un pájaro de alas de cisne; por la funesta Helena, por la funesta Helena, una Erinis para los lisos muros que Apolo construyera. ¡Oh, oh, oh! ¡Quejidos, quejidos!

1390

¡Triste tierra dardania, donde corría caballos Ganimedes, compañero de lecho de Zeus!

CORIFEO.- Dinos claramente ahora cosa por cosa lo que pasó en palacio, [porque aunque no es fácil de comprender lo pasado lo voy conjeturando].

FRIGIO.- ¡Ay! ¡Ay! «¡Aílino! ¡Aílino!» dicen los bárbaros como comienzo de un canto de muerte con expresión asiática cuando la sangre de reyes se ve derramada por el suelo bajo los puñales de hierro de Hades.

1400 Entraron en la casa —para contártelo de nuevo cosa por cosa—

dos leones griegos gemelos. Del uno el padre fue aclamado caudillo del ejército; el otro, hijo de Estrofo, un hombre de ingenio perverso, como Ulises, taimado en su silencio, pero leal con sus amigos, bravo en la contienda, sagaz en la guerra, y una serpiente sanguinaria. ¡Ojalá perezca, porque con su astucia fría es un malhechor! Ellos avanzaron en el interior hasta el asiento de la mujer que desposó el arquero Paris,

1410

con sus rostros empapados de lágrimas, y humildes se colocaron a sus pies, el uno a un lado y el otro al otro, prestos a la acción. Y tendieron, tendieron sus manos suplicantes hacia las rodillas de Helena, el uno y el otro. De un salto acudieron, acudieron, presurosos los sirvientes frigios. Entre sí se decían, temerosos, que ojalá no fuera una trampa.

1420

Y los unos creían que no, pero a otros les parecía que en una maquinación enredadísima envolvía a la hija de Tindáreo esa sierpe matricida.

CORIFEO.- ¿Y tú, dónde estabas entonces? ¿O hace tiempo que huyes de terror?

1430 FRIGIO.- Según frigios, frigios usos, me hallaba agitando la brisa, brisa junto a los rizados de Helena con

un abanico circular bien trenzado de plumas, por delante de sus mejillas, según la costumbre bárbara.

Y ella el lino de la rueca con sus dedos torcía, y dejaba caer al suelo el hilo, porque con los despojos fríos para depositarlos sobre la tumba deseaba recoser con lino algunas piezas, unos mantos purpúreos como regalos para Clitemestra. Y dirigió Orestes su palabra a la joven lacedemonia: «¡Oh, hija de Zeus, pon tus pies en el suelo, abandona tu sillón y encamínate hacia acá, a la sede del antiguo hogar del bisabuelo Pélope,

1440

donde vas a enterarte de mis súplicas!» Y la conduce, la conduce. Y ella le siguió sin adivinar lo que le esperaba. Y su colaborador, el malvado focense, se dedicaba, moviéndose, a otra cosa: «¡No salgáis fuera! Siempre sois perversos los fríos!» Y nos encerró por separado en las cámaras palaciegas, a los unos en las cuadras de los caballos, a los otros en cuartos apartados,

1450

distribuyendo a unos aquí y otros por allí, lejos de la señora.

CORIFEO.- ¿Qué desgracia acaeció después de eso?

FRIGIO.- ¡Madre del Ida, poderosa, poderosa Madre!

Ay, ay! ¡Qué sangrientas pasiones y qué daños criminales he visto, he visto en las moradas regias! De sus pechos purpúreos en la sombra sacaron en sus puños las espadas y cada uno por su lado revolvió su mirada por si había alguien presente. Como jabalíes monteses se colocaron frente a la mujer

1460

y le dicen: «¡Muere, muere, te da muerte tu vil esposo, que ha traicionado al linaje de su hermano para que perezca en Argos!» Ella dio un grito, un grito. «¡Ay de mí! ¡Ay de mí!» Y alzando su blanco brazo golpeó su cabeza tristemente con el puño, y en fuga aceleraba, aceleraba el paso de sus sandalias doradas. Pero Orestes clavó sus dedos en sus cabellos, anteponiendo su bota micénica,

1470

haciéndola doblar el cuello sobre el hombro izquierdo, y se aprestaba a hundir en su garganta la negra espada.

CORIFEO.- ¿Dónde estaban para defenderla los fríos, de dentro?

FRIGIO.- A su grito los portones de las salas y establos, donde estábamos encerrados, los hicimos saltar con palancas, y nos apresuramos en su socorro, cada uno desde un rincón de la casa, el uno con piedras, otro con venablos, y el otro blandiendo en las manos un afilado puñal. Pero salió a nuestro encuentro Pílates, irresistible, como... como el frío Héctor, o como Ayante, el del triple penacho,

1480

al que vi, vi en el portal palaciego de Príamo. Trabamos los filos de las espadas. Pero entonces, entonces demostraron los fríos, cuán inferiores nacimos en las proezas de Ares ante la lanza de Grecia. El uno que abandona huyendo, el otro que cae muerto, el otro que recibe una herida, el otro suplicando..., un refugio de la muerte. Entre las sombras escapamos. Cadáveres quedaban en el suelo, los unos moribundos, los otros tensos. Y llegó la pobrecilla Hermione a palacio

1490

en el momento de caer asesinada su madre, la que la dio a luz, desdichada. Y ellos, corriendo ambos, como bacantes sin tirso con un cervatillo agreste en los brazos, sobre ella se abalanzaron. Y de nuevo

1500

disponían a la hija de Zeus al sacrificio. Pero enfrente de su dormitorio, en medio de las salas, ella se hizo invisible, ¡oh Zeus, y Tierra, y luz, y noche!, bien por medio de bebedizos o de artes de magia, o por un rapto de los dioses. Lo de después no lo sé. Porque saqué furtivamente mi pie huidizo del palacio. Muy gravosas, muy gravosas penas soportó Menelao en vano,

al rescatar de Troya la persona de su Helena.

CORIFEO.- Cierto que esta sorpresa responde a otras cosas sorprendentes. Ahora veo salir ante el palacio a Orestes con paso conmocionado.

(Sale Orestes.)

ORESTES.- ¿Dónde está el que ha escapado a mi espada fuera de la casa?

FRIGIO.- Te imploro de rodillas soberano, postrándome al modo bárbaro.

ORESTES.- Ahora no estamos en Ilión, sino en tierra argiva.

FRIGIO.- En cualquier parte es más agradable vivir que morir para los sensatos.

1510 ORESTES.- ¿No soltaste aún algún chillido para que venga Menelao en tu auxilio?

FRIGIO.- ¡Sólo para ayudarte a ti! Porque eres más valioso.

ORESTES.- ¿Entonces la hija de Tindáreo ha perecido justamente?

FRIGIO.- Justísimamente, ¡ojalá hubiera tenido tres gargantas para acuchillar!

ORESTES.- Me adulas con lengua cobarde, pero en tu interior no piensas así.

FRIGIO.- ¿Pues no, ella que fue una calamidad para Grecia y para los propios fríos?

ORESTES.- Jura —y si no, te mataré— que no lo dices por halagarme.

FRIGIO.- ¡Lo juro por mi alma, por la que yo daría. Sólo buen juramento!

ORESTES.- ¿Así también en Troya el hierro era el espanto de todos los fríos?

FRIGIO.- ¡Aparta tu espada! Pues de cerca relampaguea terrible muerte.

1520 ORESTES.- ¿No temes la conversión en piedra, como vieras una Gorgona?

FRIGIO.- Sólo la muerte. La cabeza de la Gorgona la conozco yo.

ORESTES.- Siendo un esclavo, ¿temes a Hades, que te redimirá de tus males?

FRIGIO.- Todo hombre, aunque sea esclavo, se alegra de ver la luz del sol.

ORESTES.- Tienes razón. Te salva tu entendimiento. Pero ve dentro de la casa.

FRIGIO.- ¿No vas a matarme?

ORESTES.- Estás perdonado.

FRIGIO.- Buena palabra es la que dices.

ORESTES.- Tal vez cambiemos de decisión.

FRIGIO.- Eso ya no está bien dicho.

ORESTES.- ¡Necio, si crees que me importa cubrir de sangre tu cuello! Pues ni has nacido mujer ni te cuentas entre los hombres. Pero, a fin de que no alzaras tu chillido he salido de la casa, porque al oír un grito agudo de alarma puede despertar Argos.

1530

1540 ¡Tener de nuevo a Menelao al alcance de la espada no me espanta! Que venga, pues, orgulloso de los rubios cabellos flotantes sobre sus hombros. Pues si azuza a los argivos, trayéndolos contra esta morada, por

vengar el asesinato de Helena, y si no quiere salvarme, y a mi hermana y a Pílates, que ha colaborado conmigo en esto, verá a sus pies dos cadáveres: su mujer y su joven hija.

CORO.- ¡Ay, ay, fatalidad! ¡A otro combate, a otro, terrible, se precipita la familia de los Atridas!

— ¿Qué vamos a hacer? ¿Anunciamos esto a la ciudad? ¿O guardamos silencio? Es más seguro, amigas.

—¡Mira, mira! Ese humo que se eleva de la casa hacia lo alto del éter se anticipa a pregonarlo.

— Encienden antorchas, como si fueran a incendiar el tantálico, y no existen de su crimen.

—Su fin fija la divinidad a los mortales, su fin, como ella quiere.

—¡Es una gran fuerza que actúa a través de un genio vengador! Se han hundido, hundido, estas mansiones a causa de la sangre derramada, a causa del hundimiento de Mítilo desde su carro.

CORIFEO.- Pero, en fin, ahí veo a Menelao cerca de la casa, con paso rápido, que de algún modo ha

1550 comprendido la calamidad que ahora sucede.

¿No podéis apresuraros a asegurar los cerrojos con barras, Atridas, desde el interior? Terrible puede ser un hombre en buena posición contra los que están en la adversidad, como tú Orestes, te hallas.

(*Entra Menelao, acompañado por guardias.*)

MENELAO.- He venido en cuanto me enteré de los crueles y audaces actos de una pareja de leones. Que no los llamaré hombres. El caso es que he oído que mi mujer no ha muerto, sino que ha desaparecido, invisiblemente; he escuchado ese turbio informe que uno, desmayado de terror, me ha anunciado. ¡Mas eso son invenciones del matricida y una macabra burla!

1560

¡Que alguien abra la casa! Ordeno a los criados que empujen estas puertas, de modo que al menos a mí hija rescatemos de las manos de esos asesinos, y recuperemos a mi desgraciada, infeliz esposa. ¡Con ella han de morir a mis manos los que la asesinaron!

(*Sobre una terraza aparecen Orestes y Pílates, que tienen a Hermione amenazada con sus espadas.*)

ORESTES.- ¡Eh, tú, no toques esos cerrojos con tu mano! ¡A ti, Menelao, te hablo, que te has amurallado en tu audacia! O con este entablamento te quebraré la cabeza, desgajando la vieja cornisa, un buen trabajo de los constructores.

1570

Con barrotes están fijados los cerrojos, que te frenarán tu ímpetu apresurado, para que no entres en la casa.

MENELAO.- ¡Ea! ¿Qué es eso? Veo brillar las antorchas. Y en lo alto de la casa a éstos, que se han fortificado, y un puñal apuntando al cuello de mi hija.

ORESTES.- ¿Prefieres preguntar o escucharme?

MENELAO.- Ninguna de las dos cosas. Pero es forzoso, al parecer, escucharte.

ORESTES.- Voy a matar a tu hija, por si quieres saberlo.

MENELAO.- ¿Después de asesinar a Helena, añades un crimen al crimen?

1580

ORESTES.- ¡Ojalá la hubiera retenido, de no robármela los dioses!

MENELAO.- ¡Niegas haberla matado, y lo dices para añadir escarnio!

ORESTES.- ¡Dolorosa negación! Porque bien quisiera...

1590

MENELAO.- ¿Acometer qué acción? Me incitas al temor.

ORESTES.- Arrojar al Hades a la que mancilló a la

Hélade.

MENELAO.- Devuélveme el cadáver de mi esposa, para que le dé sepultura.

ORESTES.- Reclámasele a los dioses. Yo mataré a tu hija.

MENELAO.- El matricida añade un crimen a otro crimen.

ORESTES.- El vengador de un padre, al que tú abandonaste a su muerte.

MENELAO.- ¿No te basta la sangre de tu madre que te contamina?

ORESTES.- No me cansaría de matar una y otra vez las mujeres perversas.

MENELAO.- ¿Es que también tú, Pílates, participas en este crimen?

ORESTES.- Asiente con su silencio. Yo me basto para dialogar.

MENELAO.- Pero no impunemente, a no ser que huyas con alas.

ORESTES.- No huiremos. Pegaremos fuego al palacio.

MENELAO.- ¿Es que acaso vas a incendiar esta mansión de tus padres?

ORESTES.- Para que tú no la poseas, degollando a ésta como víctima sobre la hoguera.

MENELAO.- Mátala. Pero sabe que, si la matas, me pagarás tu pena por esto.

ORESTES.- Así será.

MENELAO.- ¡Ah! ¡Ah! ¡No lo hagas de ningún modo!

1599

ORESTES.- Calla pues. Sopórtalo justamente, por haber obrado mal.

MENELAO.- ¡Aparta de mi hija la cuchilla!

ORESTES.- Naciste engañado.

MENELAO.- ¿Pero vas a matar a mi hija?

ORESTES.- Ya no estás engañado.

MENELAO.- ¡Ay de mí! ¿Qué haré?

ORESTES.- Ve a convencer a los argivos.

MENELAO.- ¿A convencerlos de qué?

ORESTES.- Pide que la ciudad no nos haga morir.

1612

MENELAO.- ¿O asesinaréis a mi hija?

ORESTES.- Así es la cosa.

MENELAO.- ¿Es que es justo que tú vivas?

ORESTES.- Y que mande en este país.

MENELAO.- ¿En cuál?

ORESTES.- En este Argos pelásgico.

MENELAO.- ¿Podrías tocar los vasos lustrales?

ORESTES.- Pues, ¿por qué no?

MENELAO.- ¿Y sacrificarías las víctimas antes de la batalla?

ORESTES.- ¿Y tú, lo harías decentemente?

MENELAO.- Ya que tengo mis manos puras.

ORESTES.- Pero no el pensamiento.

MENELAO.- ¿Quién te dirigiría la palabra?

ORESTES.- El que quiera a su padre.

MENELAO.- ¿Y el que honre a su madre?

ORESTES.- Nació afortunado.

MENELAO.- Desde luego tú, no.

1607

ORESTES.- Me desagradan las pervertidas.

MENELAO.- ¡Oh desdichada Helena!

ORESTES.- ¿Y mis desdichas, no son tales?

MENELAO.- Te traje como víctima de Frigia...

ORESTES.- ¡Ojalá fuera así!

MENELAO.- Después de sufrir mil penalidades.

ORESTES.- Excepto por mí.

MENELAO.- He penado lo indecible.

1620

ORESTES.- Antes, desde luego, no me serviste de nada.

MENELAO.- Me tienes en tu poder.

ORESTES.- Tú mismo te has apresado en tu maldad. ¡Pero, venga, pega fuego a esta casa, Electra! Y tú, el más seguro de mis amigos, Pílates, prende el entablamento de esta techumbre!

MENELAO.- ¡Oh tierra de los Dánaos, fundadores de Argos ecuestre! ¿No acudiréis en mi ayuda con una tropa armada? Porque éste ataca con violencia a toda la ciudad vuestra, para seguir con vida, después de haber ejecutado el repulsivo asesinato de su madre. *(En lo alto aparece, como «deux ex machina», Apolo. Y a su lado, silenciosa, se ve a Helena.)*

1630 APOLO.- ¡Menelao, deja de presentar un corazón irritado! ¡Es Febo el hijo de Leto, quien desde aquí cerca te llama! Y tú que empuñando la espada asedias a esa muchacha, Orestes, ¡atiende para que sepas los mandatos que vengo a traeros! En cuanto a Helena, a la que tú estabas dispuesto a destruir, por dar curso a tu ira contra Menelao, y a la que erraste,

está aquí, y la veis a mi lado entre los celajes del éter, a salvo y no muerta por ti. Yo la salvé y la rescaté lejos de tu espada a instancias del padre Zeus. Pues es preciso que viva, como hija inmortal de Zeus que es, y junto a Cástor y Polideuces en los confines del éter tendrá su residencia, y será propicia para los navegantes. Tú elige y toma a otra por esposa en tu morada, ya que los dioses por la belleza de ésta

1640 llevaron a enfrentarse a griegos y frigios,

y motivaron muertes, para aligerar la tierra de un exceso de hombres, de una cargazón descontrolada. En lo que se refiere a Helena queda así. A ti, Orestes, te es preciso franquear las fronteras de esta tierra y habitar el suelo Parrasio durante el ciclo de un año. Ese país tomará un nombre epónimo por tu destierro y lo llamarán Orestio los azanes y los arcadios. Desde allí irás a la ciudad de los atenienses para someterte a un juicio de sangre por matricidio ante las tres

1650 Euménides. Los dioses árbitros del proceso

en la colina de Ares velarán por la votación más piadosa, donde vas a vencer. Y está determinado por el destino que desposes tú a Hermione, sobre cuyo cuello, Orestes, tienes tu espada. Neoptólemo, que confía en casarse con ella, no la desposará jamás. Porque su destino es morir bajo el puñal en Delfos, cuando me reclame pleitos por su padre Aquiles. A Pílates dale en matrimonio a tu hermana, como le habías prometido. Su vida en lo porvenir será feliz.

1660 Deja a Orestes mandar en Argos, Menelao,

y tú ve a reinar en tu tierra de Esparta, que tienes como dote de una esposa que hasta aquí, continuamente, no cesó de obsequiarte con innumerables pesares. La contienda de la ciudad y éste, ya la arreglaré bien yo, que le obligué a matar a su madre.

ORESTES.- ¡Oh profeta Loxias, qué oráculos los tuyos! No fuiste, pues, un profeta falso, sino auténtico.

1670 Aunque me acometía el temor, de si al oír la voz de algún demonio vengador la habría creído tuya. Pero bien va a concluir, y obedeceré a tus palabras.

Mira, libero a Hermione del sacrificio y consiento en desposaría, en cuanto me la entregue su padre.

1680 MENELAO.- ¡Oh Helena, hija de Zeus, te saludo! Te envidio porque tú ya habitas la morada feliz de los dioses. Orestes, a ti te entrego yo mi hija como

prometida, puesto que Apolo lo ordena. Ojalá que como hombre de buen linaje al desposar a una de buen linaje te beneficies, y también yo, al ofrecértela. APOLO.- Marchad pues cada uno adonde os encomendamos y concluid vuestras rencillas.

MENELAO.- Hay que obedecer.

ORESTES.- También yo hago lo mismo, y me reconcilio con nuestras desdichas,

Menelao, y con tus oráculos, Loxias.

1690 APOLO.- ¡Emprended pues vuestro camino, Venerando a la Paz como la más hermosa de las divinidades! Y conduciré a Helena a las moradas de Zeus, atravesando el polo de las radiantes estrellas, allí donde al lado de Hera y de Hebe, esposa de Heracles, ocupará un trono como divinidad siempre honrada con libaciones entre los humanos, juntamente con los Tindáridas, los hijos de Zeus, velando por los navegantes del mar.

1693 CORO.- ¡Oh muy venerable Victoria, ojalá domines el curso de mi vida y no dejes de coronarla!